

oración en grupos



HORACION EN GRUPO

REFLEXIONES

6

ORACION EN GRUPOS

Colección
REFLEXIONES

1. EVANGELIZACION
2. ENSEÑANZA
3. NUESTRA MISION
4. EL SERVIDOR
5. SOBRE ORACION
6. ORACION EN GRUPOS

PRESENTACION

La experiencia de la oración grupal ha crecido aceleradamente después del Concilio Vaticano II. Estas REFLEXIONES quieren recopilar los rasgos fundamentales de estas experiencias que han movido y orientado a tantos hombres y mujeres en su andar en la búsqueda de la voluntad de Dios. Con esta riqueza queremos orientar a los que se inician, iluminar al que avanza y fortalecer al que progresa.

Existe mucho material publicado sobre oración, pero poco sobre los elementos específicos de la oración comunitaria. Se practica a veces el rezo compartido o comunitario. Aquí en cambio tratamos de seleccionar aquellos aspectos que han abierto nuevos rumbos en la práctica de oración comunitaria. Existe desde luego una estrecha relación entre la oración personal y comunitaria. Una refuerza a la otra, y más específicamente, la vivencia comunitaria ayuda enormemente la oración personal. Por lo general, le da una nueva proyección y fuerza.

En estas REFLEXIONES hemos querido tomar dos aspectos principales. Uno, sobre elementos sobresalientes de la oración comunitaria, y el otro, sobre la oración de intercesión, que presentamos como un tipo de oración comunitaria de gran importancia en los grupos. Este último puede verse también como un crecimiento indispensable en los grupos.

El Señor bendiga todo esfuerzo realizado en este campo de la oración, y para cada lector imploramos Su bendición esperando que su oración sea en beneficio del Reino de los Cielos.

LOS EDITORES

LA ORACION EN GRUPO

De la Revista *Koinonia*, Barcelona,
septiembre-octubre, 1979.

No tratamos de explicar aquí cómo ha de funcionar la reunión del grupo de oración, sino, bajo un enfoque más personal, de la importancia y necesidad que tenemos de esta oración, de las cualidades o actitudes evangélicas que exige y de los objetivos que se logran.

A) Su importancia y necesidad

*Yo estoy con vosotros todos los días
(Mt. 28, 20).*

Para que la oración en grupo sea auténtica siempre supone la oración privada. La una no sustituye a la otra, sino que se complementan y ambas son necesarias para el crecimiento espiritual.

Aquí tengo que abrirme a la presencia del Señor, pero al mismo tiempo también al hermano, a su plegaria, a sus sentimientos y situación y a todo lo que va pasando en el transcurso de la oración. Tengo que saber “decir amén” a la acción de gracias del hermano (1 Cor. 14, 16).

Por tanto, ir a orar en grupo no es ir a hacer cada uno nuestra oración, sino a orar juntos, a orar con los hermanos, a ofrecer al cielo una alabanza conjunta, el clamor unánime de unos hermanos unidos en el amor y la fe. Para

que yo personalmente haga bien esta oración he de saber conjugar estas dos presencias: el Señor en medio de nosotros y la de mis hermanos: de ninguna de ellas me puedo desentender.

Hoy quizás más que nunca el Espíritu del Señor hace sentir entre los cristianos la necesidad de orar en grupo, en comunidad, de escuchar juntos la Palabra. Vemos cómo están surgiendo diversidad de grupos de oración y de reflexión cristiana.

No podemos olvidar que Jesús dio una gran importancia al hecho de cuando “están dos o tres reunidos en mi nombre” (Mt. 18, 20), y la mayor efusión del Espíritu en la historia se dio en esta circunstancia especial: “todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu” (Hech. 1, 14), y “al llegar el día de Pentecostés estaban todos reunidos en un mismo lugar” (Hech. 2, 1). Igualmente, cuando tras haber sido apresados y conducidos al tribunal, Pedro y Juan vuelven a los suyos y cuentan lo ocurrido, “al oírlo, todos a una elevaron su voz a Dios... acabada su oración, retrembló el lugar donde estaban reunidos, y todos quedaron llenos del Espíritu Santo y predicaban la Palabra de Dios con valentía” (Hech. 4, 23-31).

Si permanecemos encerrados en el individualismo, sin darnos cuenta entramos más fácilmente por un camino de rutina y conformismo, y difícilmente nos renovamos.

Por otra parte, muchos sienten que no les basta la participación en la oración litúrgica en la que echan de menos la espontaneidad, apertura y facilidad para la comunicación e intercambio espiritual. Para esto se busca orar en grupo, con un estilo no tan formal, pero sí con un clima más familiar.

B) Actitudes evangélicas necesarias

*Vete primero a reconciliarte con tu hermano
(Mt. 5, 24).*

Cuando oramos juntos, cualquier cosa que hagamos o digamos, hemos de procurar “*que todo sea para edificación de la asamblea*”. Tanta importancia da a esto san Pablo, que lo repite cinco veces en el mismo cap. 12 de la 1 Cor.

Y para esto lo primero que se requiere es *la reconciliación* de unos con otros, de lo contrario sería imposible orar juntos. Con la reconciliación y el perdón mutuo empiezan cayendo muchas cadenas y podemos aceptarnos tales como somos, con nuestras enfermedades y pecados comunes.

Esto facilita la *apertura* y el que nos sintamos pobres, humildes, “como niños” (Mt. 18, 3) y tengamos *sensibilidad espiritual* ante el hermano, actitud de acogida, haciendo nuestra su oración y alabanza. Entonces vemos cómo, si cada uno se olvida de sí mismo y de sus propios problemas, para orar más *con* el hermano y *por* el hermano, comprobará que su problema se ha solucionado, o en todo o en parte.

Así es posible *compartir* la experiencia del Señor y las luces que recibimos en la oración. La *comunicación espiritual*, que generalmente se desconoce en la mayoría de cristianos y hasta entre los mismos esposos, por ciertas barreras e inhibiciones, empieza a fluir sin dificultad. Y esta es una de las sorpresas que desconocíamos, a pesar de una antigua amistad, y entramos más en sintonía con él.

Si somos asiduos a esta oración en grupo, avanzaremos en el afianzamiento en nosotros de todas estas actitu-

des evangélicas, que son fundamentales en la vida cristiana, y que si les damos la importancia que tienen, sabremos hacer comunidad y construir unidad.

C) Objetivos a conseguir

Allí estoy Yo en medio de ellos
(Mt. 18, 20).

En la oración en grupo hallamos unas oportunidades que no podemos despreciar:

1) Por el sentido profundo a que se llega de *la presencia del Señor* en medio de los que se reúnen, se vive una forma peculiar de gozo, fortaleza y aliento espiritual y en cualquier crisis o dificultad en que nos hallemos siempre nos reanimará e impulsará aun más a la oración individual.

Parece que experimentamos aun más la misericordia del Señor y *salimos renovados* por la forma como el Señor nos ha hablado y ha actuado a través de los hermanos.

2) *Nos comprometemos con los hermanos* en el servicio y en el amor; en muchas situaciones no podemos llegar a perdonarnos y amarnos si no oramos juntos.

Cuando descartamos esta forma de oración porque ya llevamos una vida intensa de oración individual, corremos el riesgo de ir a buscarnos a nosotros mismos en nuestra oración, olvidando que la calidad de nuestra oración ha de tener su manifestación en la relación con el prójimo.

3) Crea más fácilmente *“un mismo espíritu”* (Hech. 2, 46; 5, 12), *“un solo corazón y una sola alma”* (Hech. 4, 32).

Especial importancia tiene en las comunidades de vida consagrada, en los grupos de trabajo, en los equipos de

evangelización y de acción apostólica, en los encuentros ecuménicos. Hay comunidades en las que se ora juntos, pero la oración no es más que la suma de muchos monólogos y no hay un verdadero *nosotros*. Así no es posible vivir “de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros con amor, poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz” (Ef. 4, 1-3).

La Renovación en el Espíritu lleva a *crear comunión* no sólo entre los hermanos de la misma comunidad, sino con otras comunidades, iglesias, grupos de espiritualidad distinta, trabajando para llegar a ser “todos del mismo sentir, con un mismo amor, un mismo espíritu, unos mismos sentimientos” (Flp. 2, 2).

4) Es así como *en los que oran juntos* se manifiesta “*un solo cuerpo* en Cristo, siendo cada uno por su parte los unos miembros de los otros” (Rom. 12, 5). Nuestra preocupación y actividad común no puede ser otra más que ésta: *formar el Cuerpo de Cristo*.

5) Allí donde se realiza el Cuerpo de Cristo también se manifiestan *los diferentes dones del Espíritu* “para la edificación de la asamblea” (1 Cor. 12, 12). Lo mismo que cuando los primeros cristianos se reunían y cada uno solía “tener un salmo, una instrucción, una revelación, un discurso en lengua, una interpretación” (1 Cor. 12, 26), así también hoy en la oración en grupo, siempre tendrá su lugar privilegiado la percepción íntima de la Palabra, la revelación, la fe profunda, la exhortación, la consolación, la palabra de sabiduría, la palabra de ciencia, la profecía, la enseñanza, la curación, la oración en lenguas, etc.

CONSEJOS PARA LA ORACION EN COMUN

De la Revista *Pentecostés*, Santiago,
noviembre-diciembre, 1980.

"Con nadie tengáis otra deuda que la del mutuo amor"
(Rom. 13, 8).

- * Para comenzar: recogerse, abrirse en silencio al misterio de la presencia de Jesús "entre nosotros" (Lc. 17, 21).
- * Cada uno aporte algo en que se entregue a sí mismo: una experiencia de fe, una petición, una acción de gracias, una alegría... La vida en una comunidad de oración es tanto más plena cuanto más abiertos están los corazones.
- * En un buen grupo de oración algunos se reúnen antes del tiempo fijado, a fin de orar por la oración que se va a hacer: ponerse en disposición orante.
- * Cada cual es responsable del grupo. El que sólo viene a consumir es incapaz de mover nada, ni es tampoco fácilmente movable. Ahora bien, si no se produjera cambio alguno o muy poco, se perdería lo esencial y, junto con ello, se perdería el grupo.
- * No ser huésped marginal. Observadores neutrales corren el peligro de que "viendo no vean y oyendo no entiendan" (Lc. 8, 10).
- * La oración empieza con la toma de contactos. Ya allí actúa el Espíritu. Una fraternidad de corazón, servicial, bondadosa, es el comienzo y el fin de la oración: un puro regalo del Espíritu de Jesús.

- * Estar por entero en la oración; no tener en la mente sino al Señor, o mejor, tenerlo en el corazón. Cuanto más íntima y amorosa sea mi relación con el Señor, tanto más verdadera será.
- * Hablarle como a alguien que está presente. Apartar tenaz y tranquilamente los pensamientos que puedan estorbar. ¿Quién podría no estar atento cuando se habla al que nos ama, al que amamos?
- * Orar es un proceso, una dinámica del Espíritu de Jesús. Dejarle al Espíritu la dirección, seguir sus inspiraciones. La oración común logra su pleno valor en la medida en que Jesús puede guiarnos y hablarnos por medio de su Espíritu.
- * Escuchar –hacia afuera– lo que Dios quiere decirme por medio de los otros. Escuchar –hacia dentro– lo que Dios quiere decirle a los otros por medio de mí. Sentir, probar, recibir. Expresar, sin segundas intenciones, y en conexión con lo dicho por los otros, lo que a mí me mueve. Cuanto más sencillo, cuanto más conciso, mejor.
- * En la medida en que mi oración sea concreta, en esa misma medida ayudará a otros. Jesús está en lo concreto, en lo inmediato. En lo “próximo”.
- * Autenticidad. Frases generales y “bonitas” estorban y destruyen la atmósfera. La sinceridad refuerza el contacto del grupo. La falta de sinceridad lo disuelve.
- * Un sentir unánime es don del Espíritu, y no significa que todos sean en todas las cosas de la misma opinión. Dejar que haya diferencias en el modo de ver, de pensar, de sentir. Esto fundamenta la plenitud de la vida que Jesús quiere para nosotros.

- * No hacer suya, sin más, cualquier cosa. Asentir a una oración, a una palabra, solamente cuando vea que debo hacerlo. Libertad de espíritu. Mantenerse sensitivo a lo que, viniendo de Dios, golpea a mi puerta. Aunque todos digan “amén” o levanten los brazos, no hacerlo si no viene de dentro. Estar sensible a aquello que aquí y ahora tiene significación para mí; a los pasos que el Señor quiere dar conmigo, a las puertas que El quiere abrir.
- * Guardarse cuidadosamente de “constataciones” sin amor, en nuestra experiencia con los otros. Rechazar abiertamente toda pretensión de “fijar” al otro por medio de un juicio. Con la ayuda de Jesús, estar amorosamente atento a la plenitud de la vida de las otras personas. No querer jamás poner punto final a otro, sino dejar que Dios nos regale una y otra vez un nuevo comienzo.
- * Si el grupo se orienta interiormente en una dirección en que yo no puedo seguirlo, no reprimir la desazón que ello me produce, sino expresarla con libertad. La libertad de espíritu en el amor es expresión de mi responsabilidad.
- * Tener siempre presente que no hay ninguna cosa mala en los hombres que no pueda corregirla el Señor, si lo dejamos actuar. Ilimitada, inmovible confianza.
- * Evitar la discusión; es un medio para no tener que entrar en vereda, una manera de escamotear la seriedad de la exigencia de Dios.
- * Pedir el don de la oración. Pedir también los dones de la servicialidad y de saber acoger a los demás.
- * El sentido y el centro de la oración comunitaria es la adoración de Dios, y no la psicoterapia. Sin embargo,

es imposible que Jesús, el gran Médico, deje de sanar incluso las heridas del alma. Agradecimiento, no curiosidad. Las necesidades del alma pueden expresarse como peticiones en la oración, pero no deben exponerse constantemente en el grupo.

- * Si fuera necesario, formar pequeños grupos que se reúnan en la semana para interceder por alguna particular intención.
- * Los grandes mandatos de Dios, el Espíritu de Jesús los apoya y afirma. Un sentimiento o deseo –por fuerte que sea– que amenace destruir el orden querido por Dios, “arráncalo y arrójalo lejos de ti” (Mt. 5, 29).
- * Interrogar al Espíritu a quién quiere El confiarle la dirección (en grupos mayores). Buscar la unanimidad. No votaciones. Equipo directivo.
- * No querer ser otra cosa que una comunidad dentro de la comunidad parroquial, para la comunidad parroquial y por medio de ella. Incorporar fraternalmente al sacerdote o al párroco. En todo, conservar el vínculo de la unidad.
- * Comunicarse unos con otros en la vida diaria, pensar en los demás y ponerse mutuamente ante Dios, pues donde la relación recíproca es fuerte, allí también es fuerte la oración. Y entonces “su amor ha llegado en nosotros a la plenitud” (1 Jn. 4, 12).

ORACION DE ALABANZA

De *"El Minuto de Dios"*,
Bogotá, Colombia.
Por Diego Jaramillo

Hace años un grupo de sacerdotes me pidió que les explicara lo que era un grupo de oración. Yo les insinué que aprendieran experimentalmente cómo se oraba en un grupo de oración. Les invité, para comenzar, a pedir perdón a Dios por nuestras culpas y todos lo hicimos sinceramente.

Luego hablé brevemente de la súplica para obtener de Dios favores materiales y espirituales y, uno tras otro, todos suplicamos al Señor las gracias que estábamos necesitando. Después intercedimos por algunas personas que estaban vinculadas a nosotros por la amistad o el parentesco, y también dimos gracias al Señor por los beneficios que nos había otorgado a través de los años. Más adelante dije algunas palabras acerca de la alabanza a Dios e hice una oración al Señor bendiciendo su nombre y glorificándolo, pero cuando esperaba que mis compañeros se iban a unir a mi oración, oí que uno de ellos me decía que se sentía hipócrita si alababa al Señor.

Entonces otro compañero lo apoyó en su parecer. Según ellos, uno podía suplicar favores a Dios, pues todos somos necesitados, y dar gracias, porque El nos ha colmado a todos con sus bondades, y también interceder por los otros o impetrar perdón; pero afirmaban no comprender por qué debíamos alabar a Dios. Uno de esos amigos cumplía ya

diez años de sacerdocio. Por eso le dije: respeto tu posición, pero lamento que desde hace tanto tiempo, en la liturgia de las horas reces el oficio de Laudes, pues tú sabes que esa palabra significa “alabanzas”. Cada día en el oficio entonas salmos de bendición y gloria para el Señor. Recuerda los salmos 111 a 118, y los últimos 5 cánticos del Salterio (146-150). Recuerda que la palabra “aleluya” que tan a menudo cantamos significa “alabad a Yavhé”, y que diariamente dices los himnos de alabanza más bellos de la Biblia: el Magnificat y el Benedictus, eso sin hablar del Te Deum y del Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Divino.

Además –le dije–, tú celebras con frecuencia la Eucaristía. ¿No te das cuenta de que en el canto del Gloria decimos: “Te alabamos, te bendecimos, te glorificamos, te damos gracias”? ¿Que a cada lectura bíblica los fieles responden: “Te alabamos, Señor”? ¿No has notado que al presentar los dones del pan y del vino bendecimos al Señor del cielo y de la tierra? ¿Que en el prefacio invitamos a todas las criaturas a unirse con los ángeles y con los santos para cantar la santidad de Dios? ¿Que al finalizar la anáfora le ofrecemos al Padre todo el honor y toda la gloria? ¿Que después de la oración dominical, en la que pedimos que sea santificado el nombre divino, deseamos para Dios el reino, el poder y la gloria? ¿Que a la celebración eucarística la denominamos “sacrificio de alabanza”?

“Es cierto –respondió humildemente mi amigo–. Lo que sucede es que los cristianos, aunque seamos sacerdotes, decimos muchas cosas aprendidas de memoria, pero no recapacitamos en su significado”.

Esa es una triste realidad. Hay muchos cristianos que se escandalizan de escuchar aplausos en las asambleas, a pesar de que en los salmos decimos que hasta los árboles de la selva deben mover sus ramas como si aplaudieran

al Señor, y nos extrañamos de que algunos alcen las manos hacia Dios, aunque lo leemos en la Biblia frecuentemente. Ojalá, al menos, no se nos apliquen las palabras de Cristo: “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí” (Mc. 7, 6).

Nuestras palabras expresan muchas cosas que no deseamos vivir: le ofrecemos al Señor todo nuestro día, y luego nos disgustamos porque la celebración eucarística dura tres cuartos de hora; le agradecemos al Señor el alimento que nos da y luego nos malhumoramos porque no tiene suficiente sal.

Le enseñamos al pueblo que “orar es elevar el corazón a Dios y pedirle mercedes”, como enseña el padre Asstete, basado en santo Tomás de Aquino y en san Juan Damasceno, y en seguida protestamos porque la gente no hace sino pedir. Pero, ¿qué más puede hacer? ¿Alabar? Si de eso se tratara nosotros deberíamos ser los promotores de la alabanza, y sin embargo nos extrañamos del “énfasis puesto en la alabanza”, que según Pablo VI tiene la Renovación Carismática de “la necesidad de alabar... de celebrar las maravillas que (Dios) obra en torno nuestro y en nosotros mismos” y de que “los carismáticos” reaccionen ante muchas cosas diciendo: “¡Gloria a Dios!”.

Detengámonos en esta “oración de alabanza” que ahora cobra fuerza especial, recuperando la importancia que tuvo en los tiempos bíblicos y en la liturgia, y constituyendo a Dios como el definitivo protagonista de nuestra plegaria.

El protagonista es Dios

La oración de petición y la de agradecimiento se centran básicamente en el hombre que exclama: “Yo pecador... yo indigente... yo agradecido... yo solidario con los

demás". En la plegaria de alabanza todo se centra en el "Tú" divino.

No que el "Yo" humano desaparezca, sino que el nombre de Dios se engrandece y el hombre reconoce su puesto de criatura.

Alabar a Dios es un acto que se realiza en varios momentos: comienza por contemplar a Dios en lo que es, en lo que hace y en su actuar divino.

El hombre contempla las cualidades divinas, no al resplandor de una filosofía natural sino a la luz de la revelación, que habla del amor de Dios de su piedad y su misericordia, de su poder y su eternidad, de su sabiduría, de su paciencia, de su verdad.

También el hombre puede contemplar la obra de Dios, que abarca desde lo infinitamente pequeño de los átomos, hasta lo inmensamente grande y lejano de las constelaciones. La creación bella en sus menores detalles: en las naves, en las flores, en las conchitas nacaradas de las playas; la creación majestuosa del mar, de la selva, del desierto o de las montañas nevadas. Contemplar la creación es aguzar los oídos del alma para captar el mensaje que cada día le transmite al día siguiente, y el susurro con que cada noche le habla a la noche que le sigue acerca de Dios, como dicen los salmos. Contemplar la creación es escuchar la voz de las estrellas, o es admirarse ante la belleza de cada hombre, imagen de Dios; es actuar como el beduino que en el desierto es capaz de descubrir a un león, siguiendo las huellas que la fiera haya marcado en la arena, y es capaz de pensar en el Alfarero Divino cuando ve a un hombre, obra maestra del Creador.

También el hombre puede contemplar lo que Dios ha realizado por amarle: la liberación de Israel, la conquista

de Canaán, la Pascua de Jesús, la institución de la Iglesia. Contemplar las maravillas de Dios es descubrir que diariamente El actúa por amor a nosotros. Es como mantener encendido un televisor que transmitiera de continuo el telediario de las hazañas divinas. Es ver al Espíritu invisible y sentirse amado, salvado y santificado por El.

Una vez que el hombre contempla a Dios se llena de admiración y de embeleso. Se entusiasma ante ese Dios tan fantástico por su poder y por su amor. Entonces el hombre siente que “los labios cerrados deben abrirse a la oración, al cántico, a la alegría, al himno, al testimonio”. Siente el hombre que todo él debe hacerse plegaria que suba hacia el trono del Padre, como si fuesen las volutas de un incienso espiritual, o los aromas de un perfume exquisito.

El hombre embelesado ante Dios siente desde el fondo de su ser la necesidad de alabar a Yahvé, de proclamar que el nombre divino es admirable en toda la tierra, la necesidad de cantar, pues como decía un cristiano de los primeros siglos: “Al campesino compete empuñar el arado, al piloto empuñar el timón y a mí cantarle a Dios. Mi arte y mi oficio son sus alabanzas”.

“Nuestro Dios merece una alabanza armoniosa” en todas partes: en los templos de piedra levantados por el cuidado de los hombres y en el gran templo del cosmos debe escucharse un grito unánime: ¡Gloria!

Como los tres jóvenes que desde el horno ardiente invitaban al universo a bendecir al Señor, así el orante de hoy quisiera que todo el cosmos se hiciese palabra, y se uniese al canto de la alabanza. ¡Pero eso no basta! Ni aunque todos los cielos proclamaran la gloria de Yahvé, su canto llegaría a los oídos del Padre.

Ante esa limitación el orante convida a todos los músicos de la tierra: los que tañen laúdes y cítaras, los que

alientan flautas y trompetas, los que percuten platillos vibrantes, y a todos les insiste con los diez mandamientos del salmo 150 a que alaben al Creador. Pero todavía es insuficiente.

Entonces la convocación se amplía a todos los pueblos del orbe, a todo lo que respira (Sal. 47, 1; 150).

Cuenta la historia que los ejércitos romanos aclamaban a los emperadores levantando cada soldado la mano derecha y gritando “laudes” a su señor. Así se acogía también en Roma el nombramiento de los papas y los obispos o las decisiones de los concilios. Algo similar son los laudes que ahora entonamos a nuestro Rey. Sin embargo, levantar las manos hacia lo alto, y entonar himnos gozosos, y unirse en un concierto universal con todas las criaturas, todavía es insuficiente. Nuestra voz es opaca.

Entonces unimos nuestra plegaria a la de Jesús. La voz de Cristo es la única que llega hasta el corazón del Padre.

Los creyentes oramos porque Jesús oró; lo hacemos como El lo hizo y unidos a El, identificados con El.

De los labios de Jesús los creyentes aprendemos a decir: “Padre que estás en el cielo, Padre santo, Padre justo, Padre bueno: Señor del cielo y de la tierra sea santificado tu nombre, yo te he glorificado ya sobre la tierra... yo te alabo porque has revelado estas cosas a los pequeños... yo te doy gracias porque siempre me oyes” (Mt. 6, 9; Lc. 10, 21; Jn. 11, 41-42; 17, 4).

Unidos a Cristo, con El y en El los orantes le tributan al Padre toda honra y toda gloria. Para hacerlo deben poder exclamar con Pablo: “No vivo yo, es Cristo quien vive en mí”, y con Agustín: “No oro yo, es Cristo quien ora en mí”, y también: no canto, no alabo, no glorifico, ni bendigo yo, sino Cristo quien lo hace a través de mí.

Es Cristo quien actúa en nosotros. Nuestra voz debe revestirse con los acentos de Cristo. Cada día debemos llenarnos más de Cristo y hablar como Cristo, para Dios y para los hombres. No como quien remeda sino como quien tiene el corazón lleno con el Espíritu del Señor Jesús.

La alabanza en nuestra vida

Un autor cristiano, Jorge Himitian, dice que el lenguaje del Reino de Dios es la alabanza, y que el lenguaje del reino del mal es la queja permanente.

Sin embargo, los cristianos mezclamos a menudo los dos idiomas y componemos una incomprendible “queja-banza”. Es como una jergonza irreconocible que nos impide identificarnos claramente con las tinieblas o con la luz. Somos como extranjeros que hablan un idioma sin dominar la sintaxis, los acentos y las tonalidades. Somos mensajeros de alegría que anuncian su pregón con notas fúnebres. Esto porque mezclamos quejas y alabanzas, o porque gritamos aleluyas con tono lastimero.

Cuando la alabanza no mana desde adentro, uno se cansa, pues las palabras que no expresan lo profundo de nuestro ser suenan artificialmente. Por eso la plegaria se empobrece y se disminuye o se suprime, precisamente cuando más se requeriría. Cuentan que un sacerdote le decía al cardenal Lercaro que era tanto su trabajo apostólico y tantas sus actividades que no podía dedicar a la oración media hora diaria y el cardenal le replicó: es cierto, con tanto trabajo no puedes orar media hora, necesitas por lo menos hora y media.

Para poder lograrlo, para que se dilaten los horarios en una actividad aparentemente tan inútil y desinteresada

como es la oración de alabanza, se necesita la llenura del Espíritu Santo.

Hay un poema de la primera Iglesia que dice: “Como se pasea la mano en las cuerdas, y como canta la cítara, así habla en mí el Espíritu de Dios”.

Esa es la verdadera oración de alabanza: la que deja que el Espíritu Santo hable en nosotros y nos lleve al Padre, que sea como una presión de amor que haga brotar hasta la vida eterna un surtidor de alabanza y adoración. Eso fue lo que el Espíritu Santo produjo en Zacarías, en Isabel, en Simeón, en María, cuando llenando sus corazones los hizo prorrumper en los himnos maravillosos que leemos al comenzar el Evangelio de san Lucas. Eso fue también lo que sucedió cuando vino sobre los apóstoles y los hizo prorrumper en lenguas y profecías para decir las maravillas de Dios.

Hoy nosotros necesitamos de ese Espíritu, no sólo para que nuestra voz se identifique con la de Cristo, sino también para que toda nuestra vida se convierta en un canto para la alabanza de la gloria del Padre (Ef. 1, 6.12.14), pues para la alabanza fuimos creados, para no cansarnos de alabar al Creador (Tob. 12, 6-7), para convertirnos, como se decía del diácono san Efrén, en “Liras del Espíritu Santo”.

Si al terminar estas reflexiones pensara alguno que, a pesar de su lirismo y de su belleza, la alabanza es inútil, como toda poesía, yo quisiera decirle que está equivocado, pues no sólo esta forma de oración es una manera privilegiada de introducirnos a la presencia de Dios y al Misterio de su amor (2 Crón. 5, 11-14; Sal. 100, 4), sino que es un camino privilegiado de liberación y de sanación (Is. 57, 18-19; Jon. 2, 11; Hech. 16-25).

Por eso, plagiando a los discípulos de Emaús, cada mañana, al concluir “los laudes” es bueno decirle a Jesús: ¡Señor, quédate con nosotros porque ya amanece! Porque ya vamos a enfrentar de nuevo la lucha por la vida, porque de nuevo vamos a contemplar la creación, porque necesitamos que en el trabajo y en el descanso tu voz se una a la nuestra para bendecir al Padre. Señor, te pedimos que tu Espíritu Santo nos una a Ti, nos transforme en Ti, nos identifique contigo, porque sólo así nosotros seremos hostias espirituales para tu gloria.

SILENCIO Y PALABRA EN LA ASAMBLEA DE ORACION

De la Revista *Pentecostés*, Santiago,
julio-agosto, 1979.
Por Luz L. de Mena.

- * *Si queremos escuchar a Dios debemos hacer momentos de silencio durante la oración comunitaria.*
- * *Personalmente y como grupo, debemos crecer en cuanto a capacidad de hacer silencio.*

El día de oración comunitaria es un momento muy importante para cada uno de nosotros. Es la ocasión en que nos presentamos como pueblo ante nuestro Padre para alabarlo e implorar su bendición. Es una oportunidad privilegiada de encuentro con el Señor y encuentro entre nosotros, hombres y mujeres, jóvenes y adultos provenientes de diversos ambientes y con situaciones de vida diferentes.

En un encuentro se produce el diálogo, y es lo que sucede en las tardes de oración; es un diálogo de Dios a nosotros y de nosotros a El, y es también un compartir de unos con otros. En esta comunicación, el Señor nos instruye, nos guía, nos cambia mediante su Palabra; y nosotros le respondemos a partir de lo que somos y de nuestra vida, expresándole nuestras acciones de gracias, nuestra alabanza, nuestras peticiones. En fin, le confiamos todo lo que sabemos que es importante para su corazón de Padre.

Encuentro e intercambio. Para que esto suceda, tiene que haber momentos de silencio.

¿Es necesario el silencio?

Estando, como estamos, acostumbrados a considerar como un signo del Espíritu la alabanza sonora, el surgir de oraciones espontáneas y de mensajes, puede suceder que estemos tentados de hacernos esta pregunta: ¿es necesario que haya silencio? ¿Debemos considerar el silencio como una condición de la oración carismática?

El hecho es que, si queremos ser capaces de acoger la Palabra de Dios, debemos capacitarnos para escucharla en silencio. El Espíritu Santo se revela dentro de nosotros cuando hacemos un silencio expectante, un silencio interior, en el que, como Samuel, estamos diciendo: “Habla, Señor, que tu siervo escucha”.

Dios tiene mucho que decirnos, sobre todo cuando nos reunimos como Iglesia, por lo tanto nos hace una invitación a escucharlo, a hacer silencio. Silencio exterior y silencio interior.

Muchas veces ni siquiera estamos conscientes de esta invitación de nuestro Padre. Vamos al grupo especialmente para encontrar a nuestros amigos y para alabar, dar gracias y hacer peticiones en comunidad. Pocas veces acudimos con la actitud de escucha.

Los profetas insisten en la actitud de escucha, sin la cual es imposible conocer los caminos de Dios: “Escuchad y oíd mi voz, atended y oíd mi palabra” (Is. 28, 23). “Ahora pues, escucha Jacob, siervo mío” (Is. 44, 1). “Acercaos a mí y escuchad esto” (Is. 48, 16). Jesús nos hace también muchas veces la misma invitación.

Cuando Dios quiere darse a conocer, nos invita al silencio. Si un grupo de oración quiere estar verdaderamente a la escucha, debe aceptar esta “ley del silencio” que se im-

pone a todo corazón que desea abrirse. ¿No es acaso en el desierto –ahí donde no hay voces– donde Dios habla?

La falta de silencio interior nos impide también abrirnos unos a otros. Para poder acoger a alguien tiene que haber dentro de nosotros un silencio que nos permita “captarlo” y amarlo. Dentro del grupo de oración, el silencio nos hace “sentir” a cada una de las personas que están a nuestro alrededor y estar atentos a cada palabra. Nos permite captar mediante la intuición y más allá de las palabras una pena escondida, un secreto anhelo, una necesidad.

Sin silencio el discernimiento se hace difícil: no llegamos a comprender lo que alguien nos quiere decir; en el grupo no nos damos cuenta si la palabra que nos ha llegado es adecuada, ni el sentido en que el Señor nos está llevando.

Por eso, muchas veces tendremos que preguntarnos después de la oración: ¿faltó silencio?

Dificultades del silencio

Así como el silencio exterior está poblado de ruidos, el silencio de nuestro corazón está lleno de imágenes, recuerdos, quejas, acusaciones, deseos, lágrimas... Es difícil hacer este silencio interior tan necesario para escuchar a Dios. Pero el Espíritu nos lo irá regalando si estamos dispuestos a recibirlo.

En la vida diaria es difícil escuchar verdaderamente a los demás, es una experiencia que todos conocemos, por eso, no debemos extrañarnos de que, en la asamblea, tras escuchar la Palabra, algunos sigan orando como si no hubiera sido pronunciada o como si no los tocara.

Por otro lado, tememos el silencio. Todos hemos sido testigos de esas oraciones tímidas, en que el silencio es só-

lo un vacío que hay que llenar. De este silencio no surgió nada. De aquí que los que conducen la oración tengan muchas veces tendencia a llenar los silencios con palabras humanas.

Frutos del silencio

Es el Señor quien va haciendo a los corazones capaces de acoger a Dios. Una luminosa parábola ilustra las diferentes formas en que podemos recibir su Palabra; es la del sembrador (Lc. 8, 5). Aquí vemos cuatro maneras de recibir la Palabra:

–No hay silencio. Vino la palabra y no nos dimos cuenta. Todo se lo han llevado los pájaros.

–Se escucha la palabra, se la recibe con gozo pero no hay profundidad. El silencio es superficial y la palabra no penetra.

–Hay una acogida de la palabra, pero, como no se hizo antes suficiente labor de limpieza, no puede dar frutos. El corazón está lleno de preocupaciones y deseos. Falta purificación, falta luz. Uno no se deja interpelar por la Palabra, y surgen otras palabras que ahogan la Palabra.

–La Palabra se escucha, se acoge, lleva frutos. La Palabra se recibe en lo más profundo, en el templo interior y nos hace cambiar.

Al acoger la Palabra, ella se “hará” en mí –como en María–. No será fruto de mi esfuerzo sino de la acción del Espíritu en lo concreto de mi existencia.

Acogiendo el silencio

Para poder acoger el silencio, el equipo conductor de la oración debe descubrir cuáles son los obstáculos para que

se dé. Puede ser que se produzca un ambiente de emotividad exagerada que lleve la oración a un paso acelerado que no permita el recogimiento. Puede haber una afectividad desordenada que haga que las personas se expresen con torpeza impidiendo un ambiente propicio a la Palabra. Puede haber inseguridad en la conducción, miedo al silencio, y se buscará llenar los vacíos. Tal vez falta interioridad, y cada uno, se entrega a una verborrea dispersa.

Cuando sucede esto último se debe generalmente a que no hay suficiente oración personal entre los participantes. Cuando las personas llegan a la asamblea sin haber estado en contacto frecuente con el Señor durante la semana, se da una avalancha de palabras y no hay silencio. Si no se pone remedio a esto, será difícil que el grupo progrese en su oración.

Ahora, tenemos que decir que no existen recetas que sirvan a todos los grupos que quieran crecer en la escucha de la Palabra, ni se puede dar un modelo de oración en que se deje un lugar para el silencio. El Espíritu sopla donde quiere y como quiere...

Sin embargo hay algunas cosas que podrían ayudar:

–Acojamos la presencia de Jesús mediante un silencio exterior e interior. Exhortemos a nuestros hermanos a reconocer su presencia en medio de nosotros y dentro de cada uno. Mediante un silencio bien orientado, la asamblea se abre a la vida de Dios y se pone bajo la guía del Espíritu.

El equipo de conducción tendrá que desempeñar aquí su papel de dar cabida al silencio de modo que, cuando llegue la Palabra, penetre hasta el fondo.

–Si el grupo acostumbra partir con una oración compartida, buscar que esta oración vaya abriendo camino a

otra más profunda. Cuidar que haya orden y armonía, apertura y docilidad al Espíritu.

—También debemos preocuparnos de la “calidad” de nuestra alabanza para que sea una preparación que permita, más adelante, escuchar al Señor. Es necesario que aprendamos a alabar cada vez mejor al Señor. Jesús nos da una orientación cuando nos dice: “No repitan sus oraciones como los paganos; ellos me honran con los labios pero su corazón está lejos de mí”. Este es el peligro: alabar con los labios sin que el corazón participe. Nunca hay que forzar la alabanza ya que ella debe brotar como un fruto del encuentro con el Señor.

—Muchas veces, tras la alabanza, se llega a un punto de silencio en que recibimos un mensaje. Pero no sabemos escucharlo. No damos tiempo para que esa palabra nos toque, nos llegue al corazón, cale hondo en nosotros. Aquí sólo cabe callar y esperar ser totalmente penetrados, dejando de lado nuestras pequeñas ideas e inspiraciones. Debemos apagarnos frente a su Palabra, y callar.

Más adelante podrá hacerse una oración compartida sobre ella, que vaya revelando los ecos que evocó en nuestros corazones, pero cuidando siempre que esta oración no sea superficial.

Es importante que los grupos avancen cada vez más en la escucha del Señor; unos a otros podemos ir educándonos en el silencio, hasta que el lugar reservado a la Palabra sea vivido en forma tal que llegue a ser fuente de luz, de vida y de gracia para cada uno de nosotros.

Hagamos la experiencia y veremos los frutos.

LA ORACION CARISMATICA

Del *Boletín de la Renovación
en el Espíritu Santo*, diciembre, 1973.
Por el P. Carlos Aldunate, S.J.

No toda oración compartida es una oración carismática; ni consiste lo carismático en formas exteriores como determinados cantos y gestos de alabanza, ni tampoco en el uso de lenguas.

Oración Carismática

Sólo poco a poco caemos en la cuenta de lo que significa una oración propiamente carismática. Oración carismática es una *oración guiada por el Espíritu Santo*, para la "edificación del Cuerpo de Cristo" o sea, la Iglesia (1 Cor. 12, 27; 14, 12).

Lo esencial de la oración carismática es que sea guiada por el Espíritu Santo. Sabemos que una oración ha sido guiada por él si realmente nos ha fortalecido en el amor de Dios y de nuestros hermanos, si nos ha animado a predicar valerosamente con nuestra vida y nuestras palabras, si nos ha iluminado sobre nuestra pequeñez y el amor de Dios a nosotros, si nos lleva a una vida de oración personal, si hace crecer en nosotros los frutos del Espíritu, si nos mantiene en la plenitud del Espíritu Santo (1 Jn. 4, 12-13; Hech. 4, 31; Gál. 5, 22-23; Ef. 5, 18-21).

Estos efectos sobrenaturales en nosotros son producidos por el poder de Dios; en otras palabras, en una oración carismática siempre se manifestará la acción del Espí-

ritu Santo por algunos de sus dones: es decir, siempre habrá profecía en una u otra de sus formas; frecuentemente habrá palabras de sabiduría y de conocimiento; siempre habrá alguna sanación interior; algunas veces habrá otras pruebas del amor y poder de Dios.

De nuestra parte, se necesita rectitud de intención: no buscamos los dones de Dios en sí mismos, sino el culto a Dios y el bien de la comunidad de nuestros hermanos; se necesita también una fe confiada en que, dada nuestra buena voluntad, Dios guiará nuestra oración; por último es necesario que tomemos las medidas sencillas que sabemos por experiencia son aptas para cooperar con la dirección del Espíritu Santo.

La profecía en la oración carismática

Profecía es un mensaje de parte de Dios. Es constructivo, motivador, cariñoso, y aprovecha a toda la asamblea, edificando a los creyentes y haciendo sensibles la presencia y la acción de Dios (véanse 1 Cor. 14, 3-4, 22-25).

La profecía puede presentarse en formas diversas: las más llamativas son las que se expresan en primera persona, como mensajes textuales de Dios, y las que se expresan en lenguas y piden por tanto interpretación. Pero también puede actuar el don de profecía en los textos de la Sagrada Escritura que se eligen para leer, y también en las mismas oraciones que nos sentimos impulsados a hacer en voz alta.

No se crea que todo impulso espontáneo es una inspiración del Espíritu Santo; pero si se ora en fe, presentándose al Señor para que su Espíritu ore a través de nosotros en culto a Dios y bien de la Iglesia, podemos contar con que los impulsos que recibimos serán, muchos de ellos, verdaderas profecías.

En las condiciones descritas, la inspiración divina se siente como un impulso suave a decir algo, sin angustias o turbación o impacencias, sin búsqueda de propia gloria. Cuando se está en comunicación con Dios, ningún impulso divino es perturbador ni incontrolable; “los espíritus de los profetas están sometidos a los profetas” (1 Cor. 14, 32).

El discernimiento

Toda profecía pide discernimiento, ese don que detecta el origen del impulso profético. El que siente una inspiración profética necesita saber si ésta viene de la misma fuente que su deseo de alabar a Dios, o si viene de un origen contrario al servicio del Señor. También necesitan este don los que oyen la profecía según la indicación de san Pablo: “en cuanto a los profetas, hablen dos o tres, y los demás juzguen” (1 Cor. 14, 29).

Este juicio debe hacerse en forma cuidadosa y explícita cuando se trata de mensajes que llevarían a consecuencias exteriores de alguna importancia, por ejemplo comenzar o suprimir una obra, cambiar de actividad profesional, etc. Pero generalmente hay un discernimiento continuo, espontáneo e implícito que van haciendo los participantes de un grupo de oración.

Los criterios para este discernimiento pueden agruparse alrededor de esta idea central: un mensaje de parte de Dios debe poseer “el perfume agradable de Cristo, un perfume que nace de vida divina y lleva a vida divina” (véanse 2 Cor. 2, 14-16). Para cristianos en oración, que están unidos entre sí y con el Señor, tendrá “olor a muerte” todo lo que nace del amor propio egoísta y ambicioso, lo que causa división y violencia en el Cuerpo de Cristo, lo que introduce falsedad, desarmonía, fanatismo, etc. En cambio

todo lo que nos viene de Dios es participación de la plenitud de Cristo (Jn. 1, 16). Todo carisma auténtico es expresión de Cristo que ama a través de nosotros; es reflejo de su perfección; es crecimiento hacia su estatura de todo su Cuerpo, es “unción que de él recibimos” (Gál. 2, 20; Ef. 4, 12-16; 1 Jn. 2, 27). Todo mensaje de Dios armoniza con su palabra en la Sagrada Escritura.

La palabra de sabiduría y la de ciencia

Son también dones que pueden manifestarse en el contexto de un grupo de oración. Se diferencian de la ciencia y sabiduría que van alcanzando los cristianos por medio del cultivo de sus cualidades naturales y la cooperación a la gracia. La palabra de sabiduría y la palabra de ciencia son como la profecía y el discernimiento: dones ocasionales dados para el bien de la comunidad. No son “propiedad” del que los pronuncia, sino inspiraciones de Dios, que puede hablar en ese momento, a través de instrumentos humanos muy pobres.

La palabra de conocimiento o ciencia nos revela algo que no sabíamos, o nos comunica una luz nueva, más clara y penetrante, en lo que ya conocíamos. Esta iluminación puede ser experimentada como un regalo de Dios por el que está explicando un texto y dando una instrucción, o solamente por sus oyentes (o algunos de ellos). El don está en la iluminación interior, más bien que en una cualidad de lo que se dice.

Hubo palabra de ciencia cuando a los discípulos de Emaús Jesús “les abrió el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras” (Lc. 24, 45).

La palabra de sabiduría no se refiere a conocimientos y luz intelectual, sino a una valoración de actitudes y de

acción. Propio es del sabio ordenar las cosas y las acciones, trazar planes, adoptar medidas acertadas (1 Cor. 1 y 2; 3, 10; Prov. 8, 30). En el grupo de oración, la palabra de sabiduría puede aparecer en el acierto de determinadas palabras, actitudes y acciones humanas; pero quizás lo que más llame la atención es la sabiduría de Dios al ordenar maravillosamente todas las cosas en bien de los que ponen su confianza y amor en él (Rom. 8, 28).

No siempre es posible distinguir entre sí las palabras de ciencia, la de sabiduría y la profecía. Tampoco importa hacerlo; las tres son manifestaciones del mismo Espíritu. Estos tres dones nos hacen palpable la acción de Dios en medio de un grupo de oración. Gracias a ellos la oración carismática está siempre llena de sorpresas.

El don de las sanidades

También hay sanación interior en toda oración carismática.

Todos pasamos por períodos de cansancio, desánimo, angustias, preocupaciones, resentimientos. Los medios naturales pueden distraernos y aliviarnos hasta cierto punto; pero lo único realmente eficaz es el poder divino que sana y da fuerzas superiores a nuestras fuerzas.

En la oración carismática solemos experimentar una sanación de heridas y un fortalecimiento extraordinario. No es huida de las dificultades, ya que nos sentimos animados a encararlas con valentía; experimentamos lo de san Pablo: “todo puedo en Cristo que me fortalece” (Flp. 4, 13).

Conclusión

Una oración será carismática en la medida en que sea dirigida por el Espíritu Santo. No podemos lograr esta dirección por nuestros méritos, pero podemos abrirnos a ella quitando los obstáculos que la dificultan. Dios mismo quiere que nos abramos a su Espíritu, y “el Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan” (Lc. 11, 11).

EL SEÑOR NOS URGE A UN COMPROMISO PROGRESIVO

De la Revista *Koinonia*, Barcelona,
noviembre-diciembre, 1977.

Por el P. Luis Martín.

Algunos hermanos tardan en descubrir lo que es la Renovación a pesar de que llevan tiempo caminando en ella.

Algunos empiezan con gran entusiasmo y después abandonan los grupos y siguen creyendo que viven en la Renovación. Quizás unos no captaron bien lo que es la Renovación, otros se desanimaron ante la primera prueba de las muchas por las que hay que pasar, otros no llegaron a dar la respuesta que el Señor les pedía.

La Renovación es bastante más que pertenecer a un grupo de oración, participar de su vida, haber experimentado una gran transformación en su vida personal y empezar a abrirse a los dones del Espíritu.

El Señor nos ha llamado a esto como lo primero y lo más urgente para cada uno.

Pero sin duda que, o ha empezado ya, o empezará muy pronto a proponernos metas más altas y a hablarnos de muchos modos para hacernos comprender que aún quiere algo más de nosotros y que tiene unos planes muy concretos.

La integración plena en el grupo

Esta es una de las primeras exigencias para caminar y crecer en la vida del Espíritu. Los que se muestran ines-

tables, los que cambian por cualquier motivo, los que ante un acontecimiento episódico se retiran, demuestran que no saben apreciar lo que el Señor les ha dado a través de la renovación y que si les puso en este camino, no es para que lo abandonen fácilmente. Quizás pierdan la última oportunidad que tuvieron en su vida.

En el Curso básico sobre la vida en el Espíritu que se da a los que se preparan para el Bautismo en el Espíritu hay que insistir mucho sobre la necesidad de mantenerse en el grupo, de compartir, de recibir y de dar ayuda. Es aquí cuando hay que empezar a salir de la preocupación primordial por los propios problemas personales con que ordinariamente se viene a la Renovación, para empezar a *entrar en la preocupación por la construcción del Cuerpo del Señor*.

Es decir, hay que empezar ya a abrirse a los problemas de los demás y por tanto empezar a vivir en su forma más elemental el espíritu comunitario, hasta que se llegue un día a formar la comunidad.

Pero si el Señor renueva nuestra vida personal, no es solamente para nosotros, sino porque tiene un plan mucho más ambicioso y para el cual nos quiere utilizar a todos.

A todos nos llama a ejercer los dones que El quiera comunicarnos para la obra maravillosa y apasionante de la construcción de su Cuerpo. Cada hermano tiene que preguntarse: ¿qué misión puedo yo desempeñar en mi grupo? ¿Cómo puedo yo ejercer el servicio a los demás? ¿Para qué me llama el Señor?

Objetivos claros de compromiso

A medida que el grupo camina hay que ofrecerle objetivos claros de compromiso para con el Señor y los demás.

Hay hermanos que en cuando se empieza a hablar de compromiso se asustan y se retraen. Les resultaba muy cómodo y fácil no asistir más que a la oración del grupo.

Pero el camino por donde el Señor nos ha puesto no termina nunca. Es de constante progreso y crecimiento. Y este progreso no es sólo personal para cada uno, sino que es también *un progreso comunitario*: el crecimiento en el amor a los demás nos llevará a compartirlo todo y por tanto nos llevará a la *comunidad*.

No sólo los dirigentes sino todos los miembros del grupo, hemos de estar siempre muy atentos para *discernir cuánto y cómo el Señor nos pide dar un paso más adelante*.

Y cuando veamos que es llegado el momento, hay que darlo con decisión. Algunos quedarán donde estaban. No importa. Quizás al cabo de uno o varios meses puedan ya sumarse ellos también.

Aquellos del grupo que se comprometan con un compromiso público a entregarse más al Señor y a los hermanos deben estar siempre abiertos a cuantos posteriormente quieran sumarse a ellos. Nunca podrán considerarse mejores que los que no hicieron el compromiso.

Pero siempre serán una invitación y un ejemplo estimulante para todos los demás hermanos del grupo.

En cada compromiso que hagamos, el Señor nos llenará aún más de su amor y de los dones del Espíritu y, podrá hacer aun más cosas con nosotros.

Estemos atentos a todo lo que el Señor nos pida.

ASPECTOS FUNDAMENTALES

De la Revista *Koinonia*, Barcelona,
septiembre-octubre, 1979.

La oración

A) *“Orar siempre sin desfallecer” (Lc. 18, -1).*

Uno de los frutos más inmediatos de la efusión del Espíritu es el gusto por la oración, al mismo tiempo que una gran necesidad de orar. Tras el descubrimiento o más bien, experiencia de sentirse amado por el Señor, el alma añora momentos de estar más a solas con El. Empezamos a comprender el anhelo del salmista:

“Tiene sed mi alma de Dios, del Dios vivo” (Sal. 42, 3).

*“¡Qué deseables son tus moradas, Señor de los ejércitos!
Mi alma se consume y anhela los atrios del Señor, mi corazón y mi carne retozan por el Dios vivo.*

... Dichosos los que viven en tu casa alabándote siempre.

... Vale más un día en tus atrios que mil en mi casa” (Sal. 84, 1-13).

A partir de este momento cambia para muchos cristianos el problema de su vida de oración. Los que la practican experimentan una renovación en la oración; los que apenas si oraban o nada más recitaban sus oraciones empiezan a descubrir la oración y a entrar por sus caminos.

Toda la insistencia del Evangelio y del Nuevo Testamento de ser “perseverantes en la oración” (Rom. 12, 12),

de “orar constantemente” (1 Tes. 5, 17) resulta fácil de cumplir.

La vida del cristiano es lo que es su oración. Si no hay oración, no hay vida. Cual sea la oración, floja o ardiente, así será el tono de su vida. Uno de los mayores males que hoy sufren los cristianos y la Iglesia, en general, es la actual decadencia en la oración. Muchos cristianos se sienten dispensados de esta necesidad por la renovación que ha experimentado la liturgia. Otros, por la revalorización de la acción y el compromiso por el servicio al prójimo.

Y esta crisis se acusa en las comunidades religiosas hasta el punto de que se deja menos tiempo para la oración, e incluso durante el tiempo reservado a la misma, que antes se consideraba sagrado, se celebran reuniones para tratar asuntos de la vida de comunidad o del trabajo específico que realiza. Incluso en aquellas comunidades en las que aún se respeta esta observancia, muchas personas pasan el tiempo de la oración *simplemente meditando*, sin llegar a una comunicación y diálogo personal con el Señor. Otras, incluso aprovechan la ocasión para leer algún libro piadoso, que fácilmente puede ser la última novedad que ha salido de teología o de pastoral o el artículo de una revista.

B) *Mantener la lámpara siempre encendida (Lc. 12, 35).*

Las mayores dificultades para la oración son de tipo personal e interno.

La principal es cuando permanecemos en estado de infidelidad contra Dios, o por pecados deliberados que corrientemente cometemos y nunca nos arrepentimos, o por arrepentimiento insuficiente.

De aquí derivan los estados de desgana, o de falta de inquietud espiritual, en los que no se experimenta hambre de Dios y se vive en tibieza constante. Nuestro estado psicológico en relación con el Señor es algo así como cuando estamos reñidos con una persona: evitamos el trato porque nuestro interior se resiste al encuentro, a dar la cara y a la reconciliación. Para llegar al restablecimiento de la confianza, y sobre todo de la amistad y del amor, tiene que mediar un diálogo, que a veces tiene que ser largo y muy sincero. Solamente a partir de este encuentro puede empezar a fluir espontánea y fácil la oración.

A las personas que manifiestan lo difícil que les resulta orar porque “no sienten nada”, porque “no se pueden concentrar”, etc. etc., hemos de llevarles siempre a la raíz de las mayores dificultades para la oración. Y para esto han de empezar a orar humildemente y con fe al Espíritu Santo. En realidad no hay estado de tibieza, sequedad o desgana, de falta de anhelo espiritual, del que no se pueda salir en muy poco tiempo, a veces en muy pocas horas, orando ardientemente al Espíritu.

Pero para esto habrá que insistir en el *arrepentimiento*. La calidad de la oración cristiana depende en proporción muy considerable del arrepentimiento. Es un gran error darlo por supuesto. De nuestra psicología lo único que puede surgir es el sentimiento de culpabilidad, que angustia, oprime y acobarda ante Dios y no libera. El arrepentimiento es purificación y lavado interior, que ablanda el corazón endurecido y pone el espíritu en actitud de alerta y apertura a Dios.

C) *Entra en tu aposento y cierra la puerta (Mt. 6, 6).*

El entrar en nuestro aposento y cerrar la puerta para orar al Padre “que está allí en lo secreto” es una ayuda a la oración comunitaria. Pide un silencio exterior e interior.

El *silencio exterior* supone no sólo la ausencia del ruido que nos puede impedir o distraer tanto la concentración necesaria, sino también la ausencia de otros excitantes en los que a veces no reparamos.

Un clima de paz, luz discreta, la postura que adoptamos para que también podamos orar con el cuerpo, mejor dicho, con toda nuestra persona. En esto nos puede servir de gran ayuda el empezar la oración postrando el rostro en tierra y durante unos minutos adorar profundamente al Señor que está presente. En ciertos momentos, también levantar los brazos en actitud de abandono, confianza y apertura, tal como expresa la Palabra de Dios (Sal. 63, 5; 134; 1 Tim. 2, 8). Otra postura que prefieren los jóvenes es la de estar sentados en el suelo, con las piernas cruzadas.

El *silencio interior* tiene aún más importancia. Lo primero que se requiere es el *silencio del corazón*: Todo estado de nerviosismo, cualquier choque emocional, cualquier alteración fisiológica de ordinario repercute en el corazón, acusando la falta de silencio. Hay que relajar el corazón de la agitación que producen las emociones y sentimientos.

Cuando empezamos a entrar en oración profunda enseguida experimentamos que nuestro corazón necesita purificación, y recordamos la doctrina de Jesús: “De dentro, del corazón de los hombres, salen las intenciones malas... todas estas perversidades salen de dentro y contaminan al hombre” (Mc. 7, 21-23). “Los limpios de corazón verán a Dios” (Mt. 5, 8), y para poder nosotros ir “tras su rostro sin

descanso” (Sal. 105, 4; 24, 6) necesitamos esa limpieza progresiva y constante del corazón y que el Señor prometió en su Palabra hablándonos de *un corazón nuevo* (Ez. 11, 19; 36, 26) y de “un corazón contrito y humillado” (Sal. 51, 19).

Sosegado y purificado el corazón es más fácil el *silencio de la mente*: quitar de la mente ideas, preocupaciones, pensamientos y las mil cosas que constantemente van a estar durante la oración tratando de invadir nuestra conciencia y acaparar la atención y distraernos del objeto que ha de centrar la oración: el Señor ante el que nos hemos presentado.

El Espíritu viene en nuestra ayuda

En la oración no andemos con vaguedades. Nos dirigimos directamente a Dios Padre, a Dios Hijo, a Dios Espíritu Santo. Es el Dios que se nos ha revelado en el Verbo hecho carne. Cada vez que oramos hemos de entrar un poco más en comunión con el misterio de Dios Trino.

Si la oración es movida por el Espíritu, y para nosotros no cabe otra forma de orar, de tal forma que El lleve la iniciativa, es decir, que nos dejemos guiar por sus insinuaciones y mociones interiores, por su toque suave, más que por nuestras ideas y pensamientos, sin duda que nos llevará a alabar al Padre y al Hijo, y a darle gracias a El, el Espíritu de la verdad, que en nosotros “da testimonio de que somos hijos de Dios” (Rom. 8, 16) intercediendo por nosotros con gemidos inefables.

Para el cristiano esta es el alma y el secreto de la oración y no es posible hallarlo en otra parte.

En toda la Sagrada Escritura se nos presenta la oración como un diálogo íntimo con Dios en el que se da

una respuesta profunda de amor personal, un permanecer contemplativo en la presencia de Dios y un rendirse al Espíritu buscando incesantemente la voluntad de Dios.

Son tres notas importantes que merecen les dediquemos atención. Nos ayudarán a profundizar más en nuestra atención.

1. *Que nuestra oración sea respuesta de amor*

En la oración comunitaria o personal, con frecuencia son nuestras ideas las que oran, no nosotros. Otras veces lo que hacemos es más bien hablar a nuestro concepto del Señor, pero en realidad no nos abrimos a su presencia.

También es posible que nuestro ser íntimo más profundo no esté presente en el diálogo. El Señor llega a nosotros, pero nosotros podemos seguir vagando por entre nuestras preocupaciones, fantasías, planes, distracciones.

Si la oración es personal, hecha con la mente y el corazón, podemos llegar a experimentar el amor personal de Dios, cosa que con frecuencia reconocemos con la mente, pero que quizás nunca experimentamos de verdad. Para esto el Espíritu nos invita a una apertura cada vez más personal a su amor. Entonces la oración se convierte en intercambio de amor, en un sumergirnos en su presencia porque nos damos nosotros mismos de verdad a El y ya no nos quedamos tan sólo en el campo familiar de nuestras preocupaciones y problemas.

En la oración comunitaria aparece una actitud más insistente y ardiente como un grito que sale del alma. Esto hace actuar más nuestra fe. Y así también debe ser la oración, afectiva. El ímpetu y la vehemencia de los dos ciegos de Jericó (Mt. 20, 29-34) y la insistencia de la sirofenicia (Mc. 7, 24-30) es lo que muchas veces necesitamos.

2. *Que sea un estar contemplativo en la presencia de Dios*

La oración es un proceso en el que, más que decir nosotros cosas a Dios, dejamos que nos invada su presencia y amor. Desde el punto de vista psicológico puede parecer que la oración es algo muy pasivo, pero hemos de saber que se dan distintos niveles de oración, desde el que solamente ora cuando tiene necesidad, o el que ora mecánicamente y sin contacto profundo y personal con Dios, hasta el que llega a permanecer contemplativo en la presencia de Dios. Y aquí se vive muy profundamente su presencia con toda la actividad del espíritu. Más bien la oración tiene que llegar a convertirse en ejercicio de amor, o sea, en momentos dónde más se renueva y actualiza nuestro amor.

En esencia, es estar a los pies de Jesús, como María. Si llegamos a descubrir lo que esto significa, estaremos siempre anhelantes de hallar más momentos a lo largo del día en los que nos podamos sentar junto a El, escuchar y amar.

Pero estos momentos privilegiados llegarán si sabemos escuchar y acoger al Señor en lo más íntimo de nuestro ser, en lo más íntimo de nosotros mismos, donde nos encontramos con nuestro ser profundo, y a donde pocas veces llegamos a entrar porque vivimos muy superficialmente, muy al exterior, absorbidos por la realidad de afuera o por las cosas que pasan por nuestra mente. Dios quiere establecer su morada dentro de cada uno, en las habitaciones más íntimas de nuestra persona, cerrando detrás de nosotros mismos las puertas de las habitaciones exteriores, para que no llegue todo su ruido. En el curso de nuestro encuentro es de esperar que lleguemos a rendirnos personal y conscientemente a El, y que le hagamos entrega de las llaves de todas estas habitaciones o áreas de nuestra personalidad,

para que El las limpie y ordene a su manera, y tóme posesión de las mismas, y ya no sepamos nosotros salir fuera sin ir en su compañía.

3. *Y un rendirse al Espíritu*

La experiencia de este encuentro personal con el Señor, de este “entrar en su descanso” (Heb. 4, 1-11) es algo muy grande. Pero el Espíritu Santo nos quiere llevar aún más lejos. Quiere que seamos fortalecidos por su acción “en el hombre interior”, para conocer “la anchura y la longitud, la altura y la profundidad” de un amor que supera todo conocimiento (Ef. 16, 19). Para esto es preciso rendirse y someterse a El en todo. Es una meta que nos puede parecer imposible o que nos puede asustar, pero todos estamos llamados.

Para dejar que el Espíritu pueda hacer esta obra en nosotros basta que nos abramos cada vez más a El en la oración, “orando en toda ocasión en el Espíritu” (Ef. 6, 18). El nos dará los dones y los frutos y hará el resto que nosotros no podemos hacer.

Si atendemos a que en nuestra oración se den estas tres notas, no hará falta decir ya muchas más cosas sobre la oración. El problema estará principalmente en el grado de relación con el Señor en que nosotros queramos vivir, y en la práctica.

A ejemplo de los grandes “amigos de Dios”, que constantemente oraron no sólo en forma de acción de gracias, de alabanza y de petición, sino también como familiares que acostumbraban a hablar al Señor de cada cosa que se proponían hacer o tenían que decidir, hemos de aprender nosotros a convertir todas las cosas en oración, aun la más pequeña. Solemos hablar con el Señor de las cosas más

importantes de nuestra vida y damos por supuesto que lo demás marchará bien automáticamente y que no hace falta presentarlas en la oración. Confiamos en nuestra propias energías para hacerlo todo bien, y parece que no nos importa gran cosa las muchas veces que hemos fracasado por no pedir al Espíritu que nos guiara en algo de lo que nos parecía estar seguros y que era demasiado fácil.

Es posible que en muchas cosas hayamos triunfado. Pero cada uno somos un verdadero fracaso en el objetivo que verdaderamente nos interesa: el amor del Señor y de los demás. El secreto está en aprender a someter cada cosa al Espíritu Santo.

LA PETICION EN EL GRUPO

Del *Boletín de la Renovación*
en el *Espíritu Santo*, Santiago, noviembre, 1975.
Por Basilea Schlink.

Dios da a sus hijos el don de la oración para que, en los momentos de necesidad, no queden a merced de las adversidades sino que puedan recibir siempre ayuda; porque la oración puede cambiar cualquier situación, puede cambiar los corazones, puede cambiar *todas las cosas*.

Lo importante ahora es saber cómo usar este don de modo que la oración sea respondida. Dios responde a las oraciones que ha prometido escuchar, las que están en armonía con su voluntad.

Obstáculos en la oración

La Sagrada Escritura enseña que los pecados de los que uno no se arrepiente crean una barrera, un obstáculo (ver Is. 59, 1-2).

El Nuevo Testamento nombra varios pecados que se oponen a la oración: se trata de los 10 Mandamientos, según la interpretación de Jesús en el Sermón de la Montaña. Por ejemplo: rehusar perdonar (Mt. 6, 15); cólera y duda (1 Tim. 2, 8); pasiones sensuales (1 Ped. 3, 7-4, 8); no confesar nuestros pecados (Sant. 5, 16); mezquindad y avaricia (Lc. 6, 38); criterios del mundo (Mt. 6, 33).

Pero entonces, ¿quién puede orar y ser escuchado? ¿Quién puede considerarse justo? (Sal. 34, 15). Dios no se refiere a personas sin pecado cuando habla de justos; no

existen; se refiere a pecadores que se arrepienten y, por lo tanto, participan de la redención y son renovados.

Son obstáculo los pecados que no queremos dejar de lado.

Oraciones que el Señor escucha

1. *La oración de fe.* En Mt. 9, 29 dice: “os será dado según vuestra fe”. Dios espera una fe valiente, que mueve montañas; sin embargo, no hay que emprender aventuras audaces de fe sino en respuesta a una indicación del Señor. Abraham partió sin saber adónde iba porque Dios se lo había ordenado. No se trata de una fe vaga, sin objeto preciso: la fe es en su Palabra. Entonces se tiene una promesa de Dios y El responde.

A veces esta promesa es una frase de la Escritura que el Señor nos pone a la vista en forma muy personal en un momento de dificultad o indecisión.

Junto con la oración de fe, debemos dar gracias y alabar el poder de Dios y su amor de Padre.

2. *La oración de niño.* El Señor nos invita a ser como niños, a ellos pertenece el Reino y para ellos está abierto el corazón paternal de Dios. Lo conquistan cuando llegan a El con sus pequeñas necesidades y le piden cosas tan simples. Si esas peticiones están conformes a su voluntad, no quedarán defraudados. Santiago dice (4, 2): “no tenéis porque no pedís”. Seguimos siendo pobres, llenos de necesidades, porque no somos lo suficientemente niños como para pedir, o porque nos sentimos ricos y satisfechos. Dios es Padre amante, se goza en hacernos regalos y se preocupa de nuestras más pequeñas necesidades.

3. *La oración perseverante* (Rom. 12, 12). Es oración que no se cansa aunque parezca no ser escuchada; persiste y es-

pera; es humilde para esperar y para pedir siempre de nuevo. Y también para preguntar: ¿por qué no respondes a mi oración? ¿Hay acaso una barrera de pecado en mi vida? Y en esa espera Dios nos purifica.

4. *La oración seria.* A veces Dios no puede tomar en cuenta nuestras oraciones porque nosotros mismos no estamos pidiendo en serio. Si quisiéramos de veras obtener algo pondríamos más empeño y acompañaríamos esa oración con algún sacrificio que signifique una mayor entrega a Dios.

El camino de la oración

¿Cómo podremos tener fe, confianza de niño, seriedad, perseverancia y un corazón arrepentido? ¿Sólo pueden orar así las personas especialmente bendecidas? No; Dios revela a todos los cristianos los caminos de la oración. A todos ha dicho Jesús: “cualquier cosa que pidáis orando, creed que lo recibís y os será dado” (Mc. 11, 24). Tampoco es difícil la oración de niño, bastará presentar al Padre nuestras aflicciones y nuestros deseos. El sabe lo que necesitamos y escucha las peticiones.

El siguiente paso consiste en ofrecerle al Señor algo que el Espíritu Santo nos muestra que debemos sacrificar. En una ocasión Jesús dijo: “Esta especie no sale sino con oración y ayuno” (Mt. 17, 21). El ayuno consiste en abstenerse de cualquier cosa que signifique un placer, físico o de otro tipo.

Para orar con corazón puro es preciso que no quede un pecado que se interponga en nuestra relación con Dios o con los demás. Una vez rechazado el pecado, la vía de la oración está expedita.

Jesús nos dice una y otra vez que oremos, y El nunca pide algo que, al mismo tiempo, no nos esté dando; ade-

más nos prometió la ayuda del Espíritu Santo, y nos envió el Espíritu Santo. En nuestra debilidad para orar, invoquémoslo.

Las experiencias de otros nos muestran la grandeza del amor de Dios para con nosotros, sus hijos, y su poder para cambiar situaciones desesperadas y solucionar lo que parece imposible. Pero también cada uno de nosotros puede experimentar en su vida cómo Dios responde a la oración y realiza milagros.

Testimonios de respuesta a la oración:

Después de la 2ª guerra mundial, en época de gran penuria económica, nació en Alemania una congregación religiosa luterana, la “Hermandad de María”. En esta comunidad sucedían continuamente hechos como los siguientes:

La oración de los niños

Nos hicimos cargo de un pequeño hogar de niños. El número aumentaba y muchos de ellos no podían pagar nada. Teníamos que alimentarlos y vestirlos poniendo en práctica la fe en la oración, como el Señor nos iba enseñando. Era difícil conseguir alimentos, todo era muy caro y nuestro huerto aún no producía nada. Varias veces al día, en medio del trabajo, nos deteníamos para pedir a Dios su ayuda. Un día visitaba de paso a una señora pobre que vivía sola; al despedirme me preguntó si me servirían algunas conservas pues tenía más de lo que necesitaba para ella. Eran tantas que necesité un carrito para llevarlas. A la mañana siguiente encontré junto a la puerta un saco de espinacas frescas. En la tarde del mismo día, un granjero nos preguntó si queríamos ir a su campo y arrancar las acelgas que quedaban, pues tenía que arar para sembrar otras cosas.

Nosotras estábamos asombradas, y los niños, que también habían tomado parte en las oraciones, se veían radiantes al sentarse a la mesa y ver tantas cosas buenas que el Señor les había enviado.

En otra ocasión hacía falta zurcir calcetines y chalecos, pero no me resolvía a comprar el hilo necesario pues el dinero era escaso y lo dejaba para los alimentos. Pero por último tuve que decidirme a comprar y entré a la tienda. Mientras atendían a otras personas, algo dentro de mí me decía: “debías haber rezado más”. Lo que hice fue salir sin comprar. El domingo siguiente cuidé los niños de una familia modesta mientras la madre iba a la iglesia. Al regresar la señora entró a otra pieza y salió con un paquetito. Había tejido medias y me regalaba la lana que le había sobrado.

“Dios da a los polluelos del cuervo su alimento”

Por largo tiempo habíamos soñado con tener una vaca, y un día una familia de otra aldea se sintió movida a regalarnos su única vaca que iba a tener ternero. La vaca tenía un apetito tremendo. Pronto terminó con el pasto de nuestros prados y no podíamos pensar en comprar. Nuestros corazones clamaban: “Padre, tú nos diste la vaca, seguramente no querrás que muera de hambre”. Pero el Señor nos dejaba esperando. Las Hermanas al ir a sus trabajos recogían algunas hierbas en los linderos del bosque y agradecíamos al Señor por eso. Un día un granjero, desde su carro, miraba a una de las hermanas recoger un pasto seco y dudaba que la vaca pudiera comerlo. El conocía a una señora que buscaba quien quisiera cortarle gratis el campo que crecía en su huerta, y así pudimos tener pasto todo el invierno; pero, la vaca necesitaba además otro forraje, unas cinco toneladas de remolacha. Una semana después, dos

granjeros vinieron a dejar dos carros cargados de remolacha; habían sabido que nos habían regalado una vaca y querían cooperar con algo.

Sabemos que pueden sobrevenir tiempos muy difíciles, pero es propio de Dios hacer milagros. El puede hacer brotar el agua en el desierto y alimentarnos con maná. Cuando se han agotado las posibilidades humanas, los hijos pueden acudir a su Padre y recibir de El lo que necesitan.

LA INTERCESION, UNA FORMA DE ORACION

De la Revista *Koinonia*, Barcelona,
noviembre-diciembre, 1978.

Por Katy Martínez.

Al decir de Teresa de Avila, orar es “hablar de amor con quien sabemos nos ama”. Parafraseando el dicho, *intercesión es presentar el dolor, que padecemos en el hermano, a quien sabemos que nos cuida.*

Aquel que ha conocido el dolor en que viven seres humanos muy concretos, al sentirse saturado de tanto sufrimiento y tratar de olvidarlo huyendo, descubre que es imposible, y el corazón le estalla en pedazos.

¿Qué camino queda cuando se ha tomado contacto con el dolor humano, si la huida está penada con la muerte? Hay una salida viable: la *intercesión*.

Interceder es tanto como asumir el sufrimiento ajeno haciéndolo nuestro, palpar nuestra incapacidad para salir de él, gritar a los que están cerca: ¡ayudadnos!, y mirando al que puede salvar decirle: ¡Ven, Señor, no tardes!

Los cuatro peldaños de la oración de intercesión son: *compasión, pobreza, unidad y confianza.*

Compasión

En su sentido originario quiere decir compartir una pasión, participar de ella, hacerla propia. Pero ¿hasta qué punto es real esto de hacer propio el dolor ajeno? Respondería con otra pregunta: ¿hay algo más indómito que el co-

razón? A la razón se la puede someter, a la inteligencia se le pueden dar órdenes; pero a tu corazón, no pierdas el tiempo, como se apasione en algún lugar allí se queda.

Quien tiene un corazón misericordioso, es decir, un corazón que no puede evitar el permanecer junto al mísero (miseri-cor), que su lugar y su pasión están junto al que sufre, puede hacer suyo el dolor ajeno hasta el punto de implicar toda su existencia.

“Misericordia quiero y no sacrificios” son palabras proféticas que siguen resonando hoy cada vez que abrimos nuestros oídos a la voz del Señor. Si tenemos entrañas de misericordia, dejaremos que nuestro corazón corra junto al que sufre para permanecer y padecer con él.

“Lo que os mando es que os améis los unos a los otros, de modo que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo conceda” (Jn. 15, 16-17).

Pobreza

Experimentar que nada se puede hacer ante el dolor es aceptar el desgarrón de María junto a la Cruz de Jesús. Es la máxima pobreza y la máxima compasión.

“No está en el número tu fuerza, ni tu poder en los valientes, sino que eres el Dios de los humildes, el defensor de los pequeños, apoyo de los débiles, refugio de los desvalidos, salvador de los desesperados” (Jdt. 9, 11): Estas son nuestras credenciales para comparecer ante Dios, el ser pequeños y débiles, desvalidos, desesperados: “Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños” (Lc. 10, 21).

Unidad

“Separados de mí, no podéis hacer nada” (Jn. 15, 5). Es necesaria la unidad en el Cuerpo del Señor. El cuerpo es la cabeza y los miembros: “Donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt. 18, 20). Esta es la fuerza de la unidad, la fuerza que nos da el Espíritu del Señor que hace que nuestra oración sea siempre oída.

“Si permanecéis en mí, pedid lo que queráis y lo conseguiréis. La gloria de mi Padre está en que deis mucho fruto” (Jn. 15, 7-8). Esta condición y este ruego, “si permanecéis... pedid...”, van dirigidos a unos cuantos, no hace falta que sean numerosos, basta que haya un mínimo, dos o tres.

¿Qué puede unir a unos cuantos, si no es el Espíritu del Señor? Donde hay unidad está el Espíritu y allí se hacen presentes sus frutos. “La gloria de mi Padre está en que deis mucho “fruto” (Jn. 15, 8).

La unidad está representada por dos o tres, pero es unidad que se integra en toda la Iglesia orante. Es unidad que lleva a la comunión con todos los Santos, que va más allá de toda apariencia humana porque salta las barreras del tiempo y del espacio.

Confianza

¿Cómo pueden confiar los desesperados, los pobres, los desvalidos? En la desesperación de los que creen puede abrirse una ventana que da a su pasado. Es el recuerdo de los beneficios recibidos del Señor, el reconocimiento de su fidelidad a lo largo de toda su propia vida. No hay más que repasar una a una las maravillas del Señor, como solía

hacer Israel cuando se veía indefenso ante un nuevo peligro.

Un ejemplo es el salmo 106: “Muchas veces los libró, mas ellos, indóciles, adrede se hundían en su culpa; y los miró cuando estaban en su angustia escuchando su clamor. Se acordó en favor de ellos de su alianza, se enterneció según su inmenso amor. ¡Sálvanos, Yahveh, Dios nuestro, reúnenos de entre las naciones!” (Sal. 106, 43-47).

Al recordar los favores recibidos del Señor, brotan la alegría y la paz. Con ellas es posible la confianza firme. Entonces se advierte cómo la Palabra de Dios estaba interpellando: “¿Acaso se ha vuelto mi mano demasiado corta para rescatar, o quizás no habrá en mí vigor para salvar?” (Is. 50, 2). Como consecuencia, el creyente no espera a ver superado su dolor; la confianza puesta en el Señor hace brotar de él un canto nuevo de alabanza y de acción de gracias.

Una desviación a prevenir

En el intento de superar la desesperación, en vez de abrir una ventana sobre el pasado, podemos intentar abrir una puerta sobre el futuro, como cuando marcamos el camino al Señor, indicándole cómo ha de actuar para venir a salvarnos. También Israel sucumbió en esta tentación. Leemos en el libro de Judit cómo esta mujer recrimina a los jefes de la ciudad de Betulia porque en su desesperación ante la sed que padecía el pueblo habían emplazado a Dios para que actuase en su favor en el plazo irrogable de cinco días:

“Escuchadme, jefes de los moradores de Betulia. No están bien las palabras que habéis pronunciado hoy delante del pueblo, cuando habéis interpuesto entre vosotros y

Dios un juramento, asegurando que entregaríais la ciudad a nuestros enemigos si en el plazo convenido no os enviaba socorro el Señor. ¿Quiénes sois vosotros para permitirnos poner hoy a Dios a prueba y suplantar a Dios entre los hombres? ¡Así tentáis al Señor Omnipotente, vosotros que nunca llegaréis a comprender nada! Nunca llegaréis a sondear el fondo del corazón humano, ni podréis apoderaros de los pensamientos de su inteligencia, pues ¿cómo vais a escrutar a Dios que hizo todas las cosas, conocer su inteligencia y comprender sus pensamientos? No hermanos, no provoquéis la cólera del Señor, Dios nuestro. Si no quiere socorrernos en el plazo de cinco días, tiene poder para protegernos en cualquier otro momento, como lo tiene para aniquilarnos en presencia de nuestros enemigos. Pero vosotros no exigáis garantías a los designios del Señor nuestro Dios, porque Dios no se somete a las amenazas como un hombre, ni se le marca como a hijo de hombre una línea de conducta. Pidámosle más bien que nos socorra, mientras esperamos confiadamente que nos salve. Y El escuchará nuestra súplica, si le place hacerlo” (Jdt. 8, 11-17).

Este pasaje es toda una enseñanza que no necesita aclaración.

Orar a Dios, presentando el dolor que padecemos en el hermano, es interceder, y ello conduce a un acontecimiento sorprendente, no sabemos cuál, pero, desde luego, será algo que nos ha de llevar a la alabanza, porque veremos una manifestación del amor del Señor para con nosotros.

“Todo el pueblo quedó lleno de estupor, y postrándose adoraron a Dios y dijeron a una: ¡Bendito seas, Dios nuestro, que has aniquilado el día de hoy a los enemigos de tu pueblo” (Jdt. 13, 17).

LA INTERCESION EN LA BIBLIA

Del libro "*Oración de intercesión*",
Rionegro, Colombia.
Por Mons. Alfonso Uribe Jaramillo

En el Antiguo Testamento hay múltiples y variados ejemplos de intercesión en el pueblo de Israel. Ellos unen la acción con la oración: Ex. 17, 8-14. También Moisés evita la destrucción de su pueblo por la idolatría: Ex. 32, 7-14. El profeta Daniel es otro de los grandes intercesores por su pueblo: Dn. 9, 4-11. 16-20. Nehemías ora en forma parecida: Neh. 1, 5-11. Los salmos son las súplicas por excelencia (Sal. 25).

La Intercesión de Jesús:

La carta a los Hebreos nos dice que Cristo "está siempre vivo para interceder en favor nuestro" (7, 25). Lo que hace ahora en el cielo como Sumo Sacerdote glorificado, lo hizo a lo largo de su vida mortal. Los evangelios nos hablan con frecuencia de la oración de intercesión de Jesús. He aquí algunos ejemplos:

Junto al sepulcro de Lázaro dice: Padre, te doy gracias por haberme escuchado. Yo sabía que siempre me escuchas (Jn. 11, 41-43).

El capítulo XVII de san Juan contiene la hermosa oración de intercesión sacerdotal que hace Jesús por El, por sus discípulos y por todos los que han de creer en El.

Intercede por Pedro para que no desfallezca su fe, y cuando haya vuelto, confirme a sus hermanos (Lc. 22, 31). Pedid que no caigáis en tentación (Lc. 22, 39).

Padre, si quieres aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya (Lc. 22, 41). “Y sumido en angustia, insistía más en su oración” (Lc. 22, 44). “¿Cómo es que estáis dormidos? Levantaos y orad para que no caigáis en tentación” (Lc. 22, 46).

En la Cruz Jesús decía: “Padre, perdónales porque no saben lo que hacen” (Lc. 23, 34).

Cuando los discípulos le dicen que les enseñe a orar, Jesús les enseña la hermosa oración de intercesión que es el Padre nuestro (Lc. 11, 1).

“La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies” (Lc. 9, 37).

“Pedid y se os dará.. Porque todo el que pide recibe” (Mt. 7, 7).

“Cuánto más el Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan” (Mt. 7, 11).

Antes de interceder es preciso purificarse. “Cuando os pongáis de pie para orar, perdonad, si tenéis algo contra alguno...” (Mc. 11, 25).

En la Iglesia primitiva “todos ellos perseveraban en la oración con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, Madre de Jesús, y de sus hermanos” (Hech. 1, 14). También “acudían asiduamente a las oraciones y al templo” (Hech. 2, 42-44).

San Pablo y la oración de intercesión

Son conmovedores los términos que emplea san Pablo para rogar que intercedan por él.

“Pero os suplico, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu Santo que luchéis juntamente conmigo en varias oraciones rogando a Dios por mí para que me vea libre de los incrédulos de la Judea, y el socorro que llevo a Jerusalén sea bien recibido por los santos; y pueda también llegar con alegría a vosotros por la voluntad de Dios, y disfrutar de algún reposo entre vosotros” (Rom. 15, 30-32).

“Rogamos a Dios que no hagáis mal alguno, sino para que obréis el bien” (2 Cor. 13, 7). “Lo que pedimos es vuestro perfeccionamiento (2 Cor. 13, 9).

“No dejamos de rogar por vosotros y de pedir que llegéis al pleno conocimiento de su voluntad con toda sabiduría e inteligencia espiritual para que viváis de una manera digna del Señor, agradándole en todo, fructificando en toda obra buena y creciendo en el conocimiento de Dios” (Col. 1, 9-11).

“Orad por nosotros para que la palabra del Señor siga propagándose y adquiriendo gloria y para que nos veamos libres de los hombres perversos y malignos” (2 Tes. 3, 1).

“Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar elevando hacia el cielo unas manos piadosas, sin ira ni discusiones” (1 Tim. 2, 8).

“Ante todo recomiendo que se hagan plegarias, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres; por los reyes y por todos los constituidos en autoridad para que podamos vivir una vida tranquila y apacible con toda

piedad y dignidad. Esto es bueno y agradable a Dios, nuestro Salvador que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad (1 Tim. 2, 2-5).

“La oración ferviente del justo tiene mucho poder” (Sant. 5, 16). “Orad unos por otros para que seáis curados” (5, 16).

Elías oró para que no hubiese lluvia. Y oró otra vez para que lloviese (Sant. 5, 17).

Jesús resucitado intercede en el cielo

Motivo de profundo aliento y consuelo en medio de los males que nos aquejan es saber que Jesús resucitado y exaltado a la diestra del Padre es el Pontífice eterno que intercede continuamente por nosotros.

Tres textos nos revelan especialmente esta gran verdad.

1. San Pablo escribe a los Romanos. “Cristo Jesús, el que murió; más aún el que resucitó, el que está a la diestra de Dios, y que intercede por nosotros” (8, 34).

2. En la carta a los Hebreos leemos: “Pero Jesús posee un sacerdocio perpetuo porque permanece para siempre. De ahí que pueda también salvar perfectamente a los que por Él se llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder por nosotros” (7, 24-26).

3. San Juan escribe en su I Carta: “Si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo, el justo.

El es víctima de propiciación por nuestros pecados y también por los del mundo entero” (1 Jn. 2, 1-3).

Pero Cristo sacerdote es la Cabeza sacerdotal del cuerpo sacerdotal que es su Iglesia, a la cual pertenecemos desde el bautismo.

“Toda celebración litúrgica es obra de Cristo sacerdote y de su cuerpo que es la Iglesia”, nos dice el Concilio en la constitución sobre la S. Liturgia N° 7.

“En la liturgia terrena preparamos y tomamos parte en aquella liturgia que se celebra en la Santa Ciudad de Jerusalén (N° 8).

“Cantamos al Señor el himno de gloria con todo el ejército celestial” (N° 8).

Por esto, nuestra oración de intercesión debe estar siempre unida a la de Jesús, nuestra cabeza, y a la que elevan tantos hermanos nuestros que han descubierto la necesidad y el valor de la intercesión.

Interceder en el espíritu

Mas, para que nuestra oración de intercesión tenga toda su eficacia debe hacerse “en el Espíritu Santo”. San Pablo en su Carta a los Romanos nos dice que “no sabemos pedir como conviene”; pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables, y el que escruta los corazones conoce, cuál es la aspiración del Espíritu, y que su intercesión a favor de los Santos es según Dios” (8, 26-28).

Es el divino Espíritu quien nos hace orar bajo su influjo con sentimientos filiales para que seamos escuchados por el Padre Celestial, y es El quien nos llena de compasión para que la intercesión por los hermanos sea más aceptada a los ojos de Dios.

Es este mismo divino Espíritu quien en determinados momentos nos inspira de diversos modos por quiénes debemos interceder y cómo debemos hacerlo.

Tengamos, pues, presente la palabras de san Pablo a los Efesios: “Siempre en oración y súplica, orando en toda ocasión en el Espíritu, velando juntos con perseverancia e intercediendo por todos los santos” (6, 18).

Cuando oramos en el Espíritu Santo y somos guiados y animados por El en la intercesión, salimos de los estrechos límites de nuestras necesidades personales y nos abrimos al dolor del mundo. Es entonces cuando podemos tomar parte en la intercesión universal de Cristo.

Grupos de intercesión

Si bien, la intercesión debe ser tarea frecuente de cada persona en particular, adquiere una fuerza especial cuando es elevada al cielo por grupos de personas que se reúnen con el fin de unir su intercesión a la de Cristo por todas las necesidades de la Iglesia y del mundo.

El Señor nos enseñó que la oración en común tiene una fuerza especial. “Yo os aseguro que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, lo conseguirán de mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy en medio de ellos” (Mt. 18, 19-20).

Creamos en esta presencia especial del Señor en el grupo que se reúne en su nombre y que desea interceder en el Espíritu. Su fuerza será muy grande y los frutos imprevisibles.

LOS GRUPOS DE INTERCESION

De la Revista *Koinonia*, Barcelona,
noviembre-diciembre, 1978.
Por Beatriz Gracias.

Uno de los ministerios de máxima importancia que tenemos en nuestros grupos y comunidades para someter a la oración cualquier tipo de problema que podamos experimentar en nuestra vida son los llamados *grupos de intercesión*.

Todos sabemos por experiencia las maravillas que obra el Señor en las personas a través de este ministerio, en que un grupo ora por un hermano que está en dificultad.

Jesús nos da verdaderamente su poder y unción para orar con fe y pedir “en el nombre del Señor” (Sant. 5, 14) la curación interior, la liberación de complejos, miedos, traumas, la fortaleza en momentos de decaimiento.

Aquí palpamos la acción del Señor y el cumplimiento de sus palabras: “Pedid, y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, halla; y al que llama se le abrirá... Si vosotros siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu a los que se lo pidan!” (Lc. 11, 8-13).

Aquellos grupos y comunidades que han llegado a cierto grado de crecimiento y madurez organizan este ministerio mediante *un grupo estable de intercesión* que en momentos determinados de la semana está a disposición de los her-

manos que quieran acudir. Es importante para todos saber que tal día y a tal hora se puede acudir al grupo, que está para ofrecer una atención espiritual muy personal a las necesidades concretas. En cualquier atasco en que nos podamos encontrar, o en cualquier dificultad para orar por nosotros mismos, tenemos este medio de experimentar que no estamos solos y que el Señor nos fortalece a través de los hermanos.

¿Por qué un grupo permanente?

Se trata de un ministerio o servicio que la comunidad ha encomendado a unos hermanos, después de haber discernido quiénes poseen los dones necesarios.

Instituir un equipo permanente es importante, tanto para los que lo forman, como para los que acuden a la intercesión.

Si tenemos un grupo estable, éste podrá reservarse el día de la semana y el tiempo necesario para atender a su ministerio sin prisas, con toda la paz y tranquilidad que se necesita, en ambiente de oración y recogimiento.

Se podrá también llegar a la necesaria compenetración y entendimiento entre las personas que forman el equipo. En la medida en que sean “todos del mismo sentir, con un mismo amor, un mismo espíritu, unos mismos sentimientos” (Flp. 2, 2), tendrá fuerza la oración que hagan por cada hermano.

Como grupo estable irá adquiriendo, cada vez en mayor grado, la experiencia, discernimiento y, sobre todo, la sabiduría del Espíritu que tanto se precisa en este ministerio.

A veces, en los retiros, nos encontramos con mucha gente que necesita acudir al grupo de intercesión, y recurri-

mos a la formación de otros grupos echando mano del equipo de servidores o de las personas que llevan mucho tiempo en el grupo de oración. Estos *grupos improvisados* presentan una gran desventaja, o porque a veces se pone a personas que no tienen la suficiente experiencia, o por la dificultad de que sepan compenetrarse en la oración.

De todas maneras, si se encuentran con problemas difíciles que requieren varias sesiones, deben saber remitirlos al grupo estable.

Para los que acuden a la intercesión es muy importante que se encuentren con personas que tienen experiencia en este ministerio, que conozcan otros casos y sepan cómo deben tratar el suyo, y que lo puedan seguir después en las sesiones que se necesiten. Hay personas que siempre que se forma un grupo acuden a él. Esto se evitará con el grupo estable que podrá discernir qué tipo de oración necesita, si curación interior, o física o liberación, o el sacramento de la reconciliación, o una orientación y consejo más apropiados.

El encontrarse con las mismas personas cuando se acude al grupo facilita la confianza y ayuda a abrirse más directamente.

Cualidades de los que forman el grupo

Las personas que forman el grupo no conviene que sean muchas. Como máximo pueden ser cuatro. Cuántos más sean, tanto más difícil resultará abrirse a los que vienen a la intercesión, pues siempre se desea que haya pocos testigos. El grupo ha de ser mixto, ni sólo hombres ni sólo mujeres. Será bueno que haya un sacerdote.

Deben ser personas con un conjunto de cualidades humanas y espirituales. Como *base humana* se requiere que

sean personas equilibradas, libres de problemas psicológicos y emocionales, mentalmente sanas y capaces de una relación interpersonal fácil, con el don de saber escuchar y por tanto con mucha paciencia.

Es aconsejable que posean ciertos conocimientos de psicología y que estén enteradas de todo tipo de problemas.

En cuanto a las *cualidades espirituales*, lo más importante es que sean personas de oración intensa y por tanto que tengan el don de la fe. Las personas que acuden al grupo muchas veces necesitan fe más que ninguna otra cosa, y los que oran por ellos deben comunicarles esta fe.

Han de estar llenas del amor del Señor que a través de ellas pase a los demás para curar.

El don del discernimiento no puede faltar. Siempre habrá que distinguir en cada hermano que viene al grupo qué clase de oración necesita, cuál es el verdadero problema, si son necesarias más sesiones, o si el tipo de ayuda que precisa es orientación y consejo. Hay personas que lo necesitan es desahogarse, que alguien las escuche, y entonces después de esto basta una oración de fortalecimiento.

De las personas que forman el equipo debe haber una que lleve la iniciativa tanto en la entrevista como en la oración, y que sólo ella haga las preguntas, y si las demás han de intervenir, sea con parquedad y discreción. Se requiere mucho tacto, delicadeza, discernimiento y amor para saber hacer las preguntas sin herir, y apreciar cuándo no hay que insistir, o cuándo hay que retroceder.

Cuando llega el momento de reunirse para este ministerio, deben orar todos juntos antes de empezar y pedir al Señor la asistencia que necesitan. Cada uno debe ir muy purificado, y si un día uno no se encuentra bien o está ex-

perimentando alguna dificultad importante, es mejor o que no participe ese día o que procure orar intensamente.

Después de la oración se debe guardar secreto sagrado sobre todo lo que en el grupo se ha dicho y oído. Entre las personas que forman el grupo no se deben hacer comentarios sobre las personas que han acudido a la intercesión, pues les encomendaron algo muy íntimo y se fiaron totalmente del grupo. Por muy difíciles y problemáticas que sean las personas que han acudido no se debe hablar de ellas fuera del grupo.

Como una prolongación del ministerio que realizan en el grupo de intercesión, cada uno de sus componentes debe seguir encomendando a los hermanos por los que oraron en su oración personal y diaria. Nuestra fidelidad en la intercesión diaria por las necesidades de los demás exige que las pongamos en primer lugar antes que nuestras conveniencias y comodidades.

Habrà veces que nuestra oración de intercesión no nos traiga gozo, o que pierda su atractivo para nosotros, o que nos sintamos tentados de dejarlo y olvidarlo todo. Pero la intercesión es precisamente esto: cargar con los problemas y enfermedades de los demás y en cierta manera también sufrirlos nosotros.

Por la Palabra del Señor sabemos que El recibe con gozo nuestras oraciones y que las oye. Y por experiencia comprobamos cómo la oración hace que todo cambie.

El orar unos por otros es una dimensión, indispensable del amor que debemos tener, y de esta manera nos ayudamos “mutuamente a llevar nuestras cargas y a cumplir así la ley de Cristo” (Gál. 6, 2).

Las personas que acuden al grupo

Deben saber ante todo para qué es el grupo de intercesión, que de ningún modo es algo que obra automáticamente, ni una especie de “agua de Lourdes”, ni que todo se soluciona con que oren por ellas imponiéndoles las manos. Deben ser conducidas a una fe profunda en el poder de Jesús, y sobre todo a aceptarle como el Señor de sus vidas.

Para esto han de comprometerse de alguna manera, principalmente en la oración personal de cada día y en la relación que están viviendo con el Señor.

De los casos que he conocido hay uno que me ha enseñado de manera especial.

Un día vino al grupo de intercesión una joven que se sentía abandonada de los suyos y era adicta a drogas. Permaneció en silencio y no manifestó nada. Su problema era tan grande y complicado que no se atrevió a exponerlo. El grupo se limitó a hacer una breve oración por ella.

Pocos días después solicité hablar personalmente con ella, y sintió confianza para abrirse al ver que yo disponía de tiempo. Durante las cuatro horas y media que estuvimos hablando yo me limité a escuchar, excepto cuando hice de vez en cuando alguna pregunta.

Al terminar yo no sabía qué decirle. Sentí un gran temor por ella, necesitaba algo más que curación de recuerdos. El Señor me iluminó para sugerir que fuera al sacramento de la penitencia. Como se manifestaba refractaria, prometí acompañarla a un sacerdote lleno de Dios y comprensivo.

En la confesión encontró a Jesús. Lo más importante es que por fin pudo perdonar, aceptó al Señor en su vida y

su odio se convirtió en amor. A partir de entonces empezó su verdadera conversión.

Después he mantenido contacto permanente con ella en sesiones complementarias, y a pesar de que no le faltan tentaciones y pequeños fracasos, está creciendo profundamente en la vida del Espíritu, y ahora es instrumento para que otras personas lleguen a conocer al Señor.

Después de todo lo dicho, no deja de tener importancia el ambiente en que se realiza este ministerio. Los factores exteriores también influyen, como el silencio, la intimidad, una luminosidad discreta, de forma que la persona que viene se sienta tranquila y relajada y todos los del grupo le inspiren confianza y seguridad.

¿A QUIEN PUEDE AYUDAR EL GRUPO?

De la Revista *Koinonia*, Barcelona,
noviembre-diciembre, 1977.

Por Gabe Mayer.

Hay mucha gente en nuestra sociedad de hoy que no tiene un fundamento estable, ni encuentra dónde poder acudir para consultar sobre sus problemas. La ayuda que en otros tiempos hubiera recibido de la familia o de su propia comunidad les falta hoy. El anonimato de nuestra sociedad agrava tales dificultades.

Las personas con problemas emocionales encuentran acogida en los grupos de oración carismáticos. La consecuencia es que los grupos de oración atraen a muchas personas que esperan hallar la solución de tales trastornos y hasta de enfermedades psicológicas más graves.

En cierto modo esto es una cosa buena. Tales personas pueden encontrar al Señor y hasta tener una experiencia de su poder salvífico y de sanación.

Pero pueden surgir dificultades. Hay quien espera recibir del grupo una constante ayuda y seguridad emocional. Hay personas que insistentemente piden ayuda y llegan a convertirse en el centro de atención de los ministerios del grupo. Si el grupo no cuenta con los medios suficientes para poder ofrecer esta clase de ayuda, su fuerza disminuye, y quedará sin realizar el servicio de que es capaz y los que tienen verdaderos problemas no podrán beneficiarse.

Estas personas aquejadas con grandes problemas psicológicos pueden llegar a dominar en las reuniones de los

grupos de oración, a no ser que los dirigentes estén muy atentos para prevenir toda desviación espiritual en un grupo que se reúne para orar. Esto podría interrumpir el crecimiento de un grupo y disuadir a los que empiezan a venir.

Puede ocurrir también que los que están dominados por estos problemas se vuelvan más cerrados e inabordables. Después de haber recibido el bautismo en el Espíritu Santo se aferran al convencimiento de que su conducta anormal es obediencia a una guía especial del Espíritu Santo. El problema queda así “canonizado” y en cierta manera intocable.

¿Qué podemos hacer?

Quisiera ofrecer *seis recomendaciones* a los dirigentes de los grupos de oración.

1. *El centro de atención hay que ponerlo en la construcción de todo el grupo y no en la ayuda a un problema particular.*

Los dirigentes del grupo han de preguntarse: ¿Cuál es la finalidad de este grupo de oración? Para la mayoría de los grupos de oración la respuesta será el ofrecer oportunidad para la alabanza, el evangelizar, el enseñar y el crecer en el amor y facilitar las relaciones personales.

Los dirigentes son los responsables de este funcionamiento. No deben descuidar sus responsabilidades para ayudar a uno o más individuos con problemas serios.

En la mayoría de los grupos de oración los dirigentes descubrirán que el dedicarse a conseguir las metas básicas del grupo es algo que absorbe ya todo su tiempo y energías disponibles.

2. *Aprender a reconocer qué personas tienen serios problemas psicológicos.*

Cuanto antes adviertan los dirigentes que tal persona tiene serios problemas, antes podrán decidir qué hay que hacer para el mayor bien de aquella persona y de todo el grupo.

Una mujer, por ejemplo, que pertenecía a nuestro grupo, presentaba síntomas que nos ayudó a descubrir sus problemas. Sufrió frecuentes altibajos, períodos de euforia y generosidad, “quiero dar toda mi vida al Señor”, alternando con tiempos de ira y depresión. Esta inestabilidad emocional creaba problemas en la forma cómo se relacionaba con los demás: resentimientos, quejas de no ser amada, inconstancia en su trabajo.

Descuidaba la responsabilidad para con su familia: esta es una señal infalible que siempre deben advertir los dirigentes del grupo. Hay personas que hablan mucho de hacer grandes cosas por Dios, cuando lo que hacen en realidad es huir de enfrentarse con el cumplimiento de sus deberes familiares y de solucionar sus problemas personales.

Otro síntoma posible de dificultad emocional es el afán de discusión. Hay casos en que no es más que un hábito contraído que hay que superar, pero otras veces puede ser un problema emocional profundo.

Los dirigentes del grupo deben vigilar a las personas cuya conducta y manera de pensar resulten extraños. Hemos de recordar que cuando el Señor nos llama a la vida en el Espíritu no nos llama a ser personas raras.

3. *Ser realistas en cuanto a los recursos de que dispone el grupo de oración.*

Los dirigentes no deben suponer automáticamente que su grupo pueda ayudar indistintamente a cualquier persona que venga. Por lo general se requiere bastante más que una experiencia inicial del poder de Dios para sanar las dificultades emocionales muy arraigadas. La curación exige la ayuda de personas que tengan sabiduría y tiempo disponible.

Por lo general, un grupo de oración no puede ser la solución de serios problemas psicológicos porque el grupo no afecta a la persona más que un par de horas a la semana. Y en cambio el medio ambiente, que puede estar causando más de la mitad del problema, está envolviendo a la persona durante el resto de toda la semana. A la postre, muchas personas no podrán ser ayudadas si no son extraídas de su ambiente habitual.

Algunos miembros del grupo de oración, sobre todo los más nuevos, estarían dispuestos a ayudar a las personas con serios problemas, pero con frecuencia no reconocen que ellos no están preparados para esto. Cuando nos encontramos con alguien verdaderamente necesitado, es difícil aceptar nuestra propia limitación. Pero hemos de entender que no somos nosotros ni tampoco el grupo de oración quien salva: solamente salva Jesús. Nosotros quizás seamos una parte del proceso.

La mayoría de los grupos no son más que una parte muy limitada del proceso de curación. Tal vez esté proceso deba ser completado en un ambiente más amplio o quizás haya que enviar a la persona enferma a un consejero profesional.

4. *Aceptar ayudar a personas con serios problemas tan sólo sobre la base de un acuerdo claro.*

La mayoría de los grupos de oración no están en situación de poder asumir tal compromiso. Esta recomendación es solamente para muy pocos grupos.

Primero: Los dirigentes deben discernir entre ellos qué es lo que necesita la persona y qué es lo que puede hacer el grupo para ayudarla. Tienen que definir el objetivo y los medios.

Segundo: Deben hacer saber a la persona los problemas que ellos ven, y preguntarle si quiere aceptar la ayuda. En caso de que no quiera, no se puede hacer nada.

5. *No colocar en puestos de responsabilidad a personas que sufren problemas psicológicos o emocionales.*

A veces los dirigentes hacen esto para hacerles adquirir un sentido de confianza y aceptación de sí mismos, pero en realidad no podrán desempeñar esta responsabilidad. Aquellos que vengan a ellos con serios problemas no hallarán ayuda, ni tampoco éstos que se la tienen que ofrecer.

6. *Los dirigentes deben proteger los grupos de oración de toda perturbación.*

El dirigente del grupo de oración debe ejercer su responsabilidad para corregir los problemas causados por una conducta perturbadora o por un equivocado ejercicio de los dones espirituales.

Su primera responsabilidad será ver si el conjunto del cuerpo es dirigido acertadamente. En segundo lugar ha de estar su preocupación para que reciba un trato de amor la persona que ocasionó algún problema.

Si una persona con serios problemas perturba la reunión de oración, el dirigente debe actuar de forma directa y abierta. Alguien del grupo puede llevar a esta persona a otra habitación; si se trata de un grupo grande, puede haber un equipo de servidores para estos menesteres. Habrá que cuidar de esta persona, pero más bien fuera de la asamblea que dentro.

Si los problemas en la reunión del grupo son causados no por los nuevos que vienen sino por alguien que asiste ocasional o regularmente, los dirigentes deberán hablar con esta persona sobre su participación en el grupo. Podría ser conveniente pedir a la persona que no hablara en las reuniones o que se limite a hacer tan sólo aquello que contribuya a la edificación de los demás miembros del grupo.

El Señor puede realizar mucho bien a través de los grupos de oración de la renovación. Con cuanto mayor esmero y sabiduría construyamos, nuestros grupos de oración, serán instrumentos tanto más eficientes para esta obra del Señor en el mundo.

INDICE

Presentación	5
La oración en grupo	7
Consejos para la oración en común	12
Oración de alabanza	16
Silencio y palabra en la asamblea de oración	25
La oración carismática	31
El Señor nos urge a un compromiso progresivo	37
Aspectos fundamentales	40
La petición en el grupo	49
La intercesión, una forma de oración	55
La intercesión en la Biblia	60
Los grupos de intercesión	66
¿A quién puede ayudar el grupo?	73

